

EL

R. V. Ledesma


CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

TOMO CUADRAGÉSIMO PRIMERO



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES-PROPIETARIOS

PASSAGE SAULNIER, N° 4

1873

DE LAS PARTES DE
CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA

CORREO DE ULTRAMAR

TOMO CUADRAGESIMO PRIMERO
TOMO



1873

ADMINISTRACION GENERAL

DE LAS PARTES DE ULTRAMAR

1873

INDICE

DE LAS MATERIAS Y GRABADOS

DEL TOMO CUADRAGÉSIMO PRIMERO

DEL

CORREO DE ULTRAMAR

	Págs.		Págs.		Págs.
Número 1,041.		Número 1,044.		Número 1,046.	
Juan Cordero, pintor mejicano (grabado)	1	Vista tomada en Roma (grabado)	36	Visita de M. Thiers al prefecto del Sena (grabado)	82
Revista española	2	Tipos y fisonomías de Londres (grabado)	37	La glotonería en Roma	id.
Sucesos de Paris (grabados)	4	Revista de Paris	38	El casamiento del emperador de la China (grabado)	83
Revista de Paris	6	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	39	El Gran canal en Gante (grabado)	86
Poesía	7	Recepcion de la embajada de Birmania (grabado)	id.	Revista de Paris	id.
Literatura sanscrita	id.	Memorias de un criado	42	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	87
Los Alpes (grabados)	8	La lluvia y el cometa de Biela (grabados)	43	Tipos y fisonomías de Londres (grabado)	88
Las inundaciones (grabado)	9	Cuentos de Hoffmann	46	Insurreccion carlista en España (grabado)	89
Cuentos de Hoffmann	10	La Armenia y la Persia	id.	La Armenia y la Persia	91
La ruleta de la calle de Scribe en Paris (grabado)	11	La embajada de Birmania (grabado)	48	Círculo militar en Burdeos (grabados)	92
Idilios aplicados á la realidad, por M. Worms (grabados)	13	Número 1,045.		La Torre Nueva de Zaragoza (grabado)	94
Memorias de un criado	14	El general don Francisco Mejía (grabado)	49	Memorias de un criado	id.
La eleccion presidencial en los Estados Unidos (grabado)	16	La doctrina social de nuestros tiempos	50	Bellas Artes : Grupo del pabellon de Flora, esculpido por M. Carpeaux (grabado)	96
Número 1,042.		Las inundaciones (grabados)	51	Número 1,047.	
El Doctor don Carlos Tejedor (grabado)	17	Revista de Paris	54	Napoleon III (grabados)	97
La doctrina social en nuestros tiempos	18	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	55	La glotonería en Roma	99
La Natividad (grabado)	20	La crecida del Sena (grabados)	56	Revista de Paris	102
La leña y el fuego (grabados)	21	Autógrafos de la historia de Francia copiados en los Archivos nacionales (grabados)	58	Poesía	id.
Revista de Paris	22	Usos y costumbres de la edad media (grabados)	60	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	103
Poesías	23	Sir Ricardo Wallace (grabado)	62	Teatro de la Ópera : <i>La Copa del rey de Thulé</i> (grabado)	105
Un acontecimiento arqueológico (grabado)	id.	Memorias de un criado	id.	Gran wals brillante por Fr. Rysler (música)	106
La Armenia y la Persia	24	Apuntes de viaje : Riña de gallos en una aldea de Nueva Granada (grabado)	64	El monumento fúnebre de Metz (grabado)	107
Aspecto de las islas de Chatou en las cercanías de Paris (grabado)	id.	Número 1,048.		La fragata francesa <i>l'Orénoque</i> en el puerto de Civita-Vecchia (grabado)	110
Cuentos de Hoffmann	26	La fiesta de los Reyes en Alsacia (grabado)	66	Memorias de un criado	id.
Inundaciones del Marne, en las cercanías de Paris (grabado)	28	Revista española	id.	La Armenia y la Persia	111
Tipos y fisonomías de Paris : El <i>Paraiso</i> en el teatro del Ambigu (grabado)	29	La fuente Trevi en Roma (grabado)	70	<i>Tipo de africana</i> , escultura de Carpeaux (grabado)	112
Memorias de un criado	30	El árbol de Navidad de Alsacia y Lorena (grabado)	id.	Número 1,049.	
Aspecto del llano de Aviñon, inundado por las aguas del Durance (grabado)	32	Revista de Paris	id.	Dr. Mariano de Talavera y Garcés (grabado)	113
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	Poesía	71	La glotonería en Roma	114
Número 1,043.		El culto de Siva (grabado)	72	Los funerales de Napoleon III (grabados)	115
El Papa á los piés de San Pedro (grabado)	33	Los domesticadores de animales en la India (grabado)	72	Revista de Paris	118
La doctrina social de nuestros tiempos	34	Cuadros de la naturaleza (grabado)	73	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	119
<i>Scala celi</i> de Santa María del Capitolio en Roma (grabado)	36	La Dama de Lyon ú orgullo y amor	74	La ciencia del hombre de bien	122
		La doctrina social de nuestros tiempos	75	Los doctores Thompson, Saunderson, Gull y Corvisart (grabados)	123
		Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	76	Cuadros de la naturaleza (grabado)	125
		Nuevo buque de salon oscilante para suprimir el efecto del vaiven (grabados)	78	La Armenia y la Persia	126
		La Armenia y la Persia	id.		
		Memorias de un criado	79		
		Problemas de ajedrez (grabado)	80		
		Las pinturas del techo del Teatro Francés (grabado)	id.		

La muerte de Napoleón III (grabado)	Págs. 128	bado)	Págs. 204	El manuscrito de un loco	Págs. 282
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	La Armenia y la Persia	206	El telégrafo sub-marino (grabados)	283
Número 1,049.					
Desafío al ajedrez (grabado)	130	Estudios morales	207	Estudios sobre los sentidos (grabados)	285
La glotonería en Roma	id.	Cuadros campestres : <i>La Caída de la tarde</i> (gra-	208	Velazquez	286
La nevera del 13º distrito de Paris (grabados)	134	bado)		El testamento de M. Arkley	287
Revista de Paris	id.	Número 1,054.			
La Dama de Lyon ú orgullo y amor	135	Revista española	209	M. Amadeo Thierry (grabado)	288
El nuevo Teatro de la Ópera en Paris : Vista ge-		Apolo (grabado)	id.	Número 1,059.	
neral de la plaza (grabado)	136	Revista de Paris	211	Sucesos de España (grabado)	289
La Armenia y la Persia	138	Sucesos de Madrid (grabados)	212	Velazquez	290
Ejercicios de tiro del ejército prusiano (grabado)	139	Poesía	214	Romances americanos	291
Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	140	Fachada del nuevo Teatro de la Opera de Paris		Africa (grabado)	id.
La ciencia del hombre de bien	142	(grabados)	215	La Semana Santa en Toledo (grabado)	id.
<i>La muerte de Virginia</i> , cuadro de James Bertrand		Estudios morales	218	Revista de Paris	294
(grabado)	144	Mara ó la jóven desconocida	219	El testamento de M. Arkley	id.
Número 1,050.					
Fiestas populares : La Bella Estrella en la ciudad		Las músicas militares de Paris (grabado)	id.	Bellas Artes : <i>El anillo de los desposorios</i> (gra-	
del Pertuis (grabado)	145	El capitán Maury (grabado)	221	bado)	295
Revista española	146	La velada en la choza (grabado)	222	El manuscrito de un loco	298
Sucesos de España : Interrupcion de la circulacion		El manuscrito de un loco	id.	Boletín de conocimientos útiles	299
en el ferro-carril del Norte (grabado)	148	El <i>Bourayne</i> y los piratas chinos (grabado)	223	La Nueva Caledonia (grabados)	301
Correspondencia de Egipto (grabado)	150	Número 1,055.			
Revista de Paris	151	Valentin Espinal (grabado)	225	El Doctor don José E. Ellauri, presidente de la Re-	
Un drama marítimo (grabados)	154	La santificación del domingo	226	pública oriental del Uruguay (grabado)	305
La ciencia del hombre de bien	id.	Sucesos de España (grabados)	227	Romances americanos	306
Una experiencia en las catacumbas de Paris (gra-		Carreras de caballos en La Marche (grabado)	230	Sucesos de España (grabado)	307
bados)	157	Revista de Paris	id.	El domingo de Ramos en la Bretaña (grabado)	id.
Usos y costumbres (grabados)	id.	Ferro-carril del Cáucaso hácia la Persia (grabados)	231	Revista de Paris	310
La Armenia y la Persia	158	Boletín de conocimientos útiles	id.	Velazquez	id.
Un bautizo en España (grabado)	160	Mara ó la jóven desconocida	234	Destruccion de las langostas en Argelia (graba-	
Número 1,051.					
Las fiestas del Cairo (grabados)	162	Reconstruccion del Hotel de Villa de Paris (graba-		dos)	312
Romances americanos	id.	dos)	238	La Exposicion universal de Viena (grabado)	313
Representacion de un misterio en la iglesia de San		El manuscrito de un loco	id.	Hace cien años	314
Roque de Paris (grabado)	163	El pueblo de Málaga desarmando á las tropas (gra-		La pesca de truchas en Alsacia (grabado)	315
Revista de Paris	166	bado)	240	La Primavera (grabado)	317
Estudios morales	id.	Problemas de ajedrez (grabado)	id.	La mujer pérfida	318
La pesca de ostras en Treguier (grabado)	167	Advertencia á nuestros lectores	id.	M. Saint-Marc Girardin (grabado)	320
Tipos y fisonomías de Paris (grabado)	170	Número 1,056.			
La ciencia del hombre de bien	id.	Monseñor Aguirre (grabado)	241	Escenas campestres (grabado)	id.
Tipos rusos (grabados)	172	La santificación del domingo	242	Número 1,061.	
La Armenia y la Persia	id.	La guerra de los carlistas en España (grabados)	243	El baron Justo de Liebig (grabado)	321
Rusia : Vista de la línea China en Nyssei (graba-		Revista de Paris	246	Velazquez	322
do)	id.	Lo que será Madrid cuando España haya perdido		Venta á beneficio de los huérfanos de la guerra	
Paris : Fachada posterior del nuevo teatro de la		la cabeza	id.	(grabado)	323
Grande Opera (grabado)	173	El valle de Josafat (grabado)	247	La Semana Santa en Roma (grabado)	id.
Delhi y el palacio del emperador (grabado)	176	M. Gladstone defendiendo el bill sobre la Univer-		Revista de Paris	326
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	sidad de Irlanda en la Cámara de los Comunes		Poesía	id.
Número 1,052.					
España : Cristino Martos y Estanislao Figueras (gra-		(grabado)	249	La mujer pérfida	327
bados)	177	Mara ó la jóven desconocida	250	Bellas Artes (grabados)	328
La Armenia y la Persia	178	La crisis ministerial en Inglaterra (grabados)	252	Las fiestas de Saint-Calais (grabado)	id.
Su Majestad el rey de España (grabado)	180	Escenas de la vida holandesa (grabado)	253	Hace cien años	id.
Las fiestas del Cairo (grabados)	181	El manuscrito de un loco	254	Recuerdos de Suiza (grabados)	331
Su Majestad la reina de España (grabado)	id.	Africa : Expedicion francesa al Sahara argelino		Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	334
Revista de Paris	182	(grabado)	255	Problemas de ajedrez (grabado)	335
Romances americanos	183	Problemas de ajedrez (grabado)	256	M. Ortolan (grabado)	id.
Madrid y Barcelona (grabados)	184	Número 1,053.			
La ciencia del hombre de bien	186	Joaquin Tellez, poeta mejicano (grabado)	257	Usos y costumbres (grabado)	336
Tipos y fisonomías de Paris : El café de la Regen-		Velazquez	258	Número 1,062.	
cia (grabado)	187	Romances americanos	259	Sucesos de España (grabados)	338
Uniformes del ejército egipcio (grabado)	188	El telégrafo australiano (grabados)	id.	La instruccion primaria	id.
Estudios morales	190	Tipos y fisonomías de España : La antesala de un		La marina militar de los Estados Unidos	339
El manuscrito de un loco	191	ministro de la República (grabado)	260	Tipos y fisonomías de España : La casa de juego	
El <i>Angel conductor</i> , por Anibal Carracci (grabado)		Revista de Paris	262	(grabado)	341
Problemas de ajedrez (grabado)	id.	De las Sociedades de temperancia	263	Revista de Paris	342
Número 1,053.					
Gerónimo Carrion (grabado)	193	Francia pintoresca (grabados)	id.	Poesías	343
La santificación del domingo	194	El testamento de M. Arkley	266	Exposicion universal de Viena (grabado)	id.
Sucesos de España (grabado)	195	Las rocas de Franchard (grabado)	267	Las fiestas náuticas de Paris (grabado)	346
La <i>kermesse</i> ó fiesta patronal de Harlem (grabado)		Actualidades parisienses, por Bertall (grabados)	269	De la miseria antigua y moderna	id.
Revista de Paris	198	Mara ó la jóven desconocida	270	Bellas Artes : Exposicion de 1873 en Paris (graba-	
Romances americanos	199	El manuscrito de un loco	271	dos)	350
Bellas Artes : Las obras del pintor francés Anas-		Monumento elevado en Neuchatel á la memoria de		Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	id.
tasi (grabados)	id.	los soldados franceses (grabado)	272	La fortaleza de la <i>Petite-Pierre</i> (grabado)	352
El manuscrito de un loco	202	Número 1,058.			
Monumento conmemorativo de la batalla de Buzen-		M. Marcelino Berthelot (grabado)	273	Congreso de las Sociedades científicas (grabado)	id.
val (grabado)	203	Revista española	274	Número 1,063.	
El emigrado alsaciano (grabado)	id.	Sucesos de España (grabado)	276	Casamiento de la archiduquesa Gisela y del prínci-	
Ascension del globo <i>Juan Bart</i> (grabado)	id.	Las langostas en Argelia (grabado)	278	pe Leopoldo de Baviera (grabado)	354
Minieh, aldea árabe en las cercanías del Cairo (gra-		Revista de Paris	id.	Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	id.
bado)		La exportacion de mujeres en Atschin (grabado)	279	Expedicion al Atschin (grabado)	355
		El tiro de palomos (grabado)	id.	Sucesos de España (grabados)	358

bados)	Págs.
Boletín de conocimientos útiles	359
De la miseria antigua y moderna	id.
Exposición universal de Viena (grabado)	362
M. Estanislao Jullien (grabado)	364
Academia nacional de música (grabado)	365
La Dicha de un desdichado	id.
Los ventisqueros y las metamorfosis del agua (grabados)	366

Número 1,064.

Visita de M. Thiers al laboratorio de la Escuela normal (grabado)	370
De la miseria antigua y moderna	id.
Telegrafía eléctrica parisiense (grabados)	371
Revista de Paris	374
Poesía	375
Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	id.
Exposición universal de Viena (grabados)	378
El Reló de Patrick	id.

Bellas Artes : Exposición de 1873 en Paris (grabado)	Págs.
La Dicha de un desdichado	382
El almirante Rigault de Genouilly (grabado)	id.
Problemas de ajedrez (grabado)	384
	id.

Número 1,065.

Bolívar (grabado)	385
Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	386
Monumento erigido á Bolívar en la catedral de Caracas (grabado)	388
Plaza Bolívar y catedral de Caracas (grabado)	389
El cura párroco de San Eustaquio (grabado)	id.
Revista de Paris	390
Poesías	id.
El regreso de un peregrino de la Meca (grabado)	391
El Reló de Patrick	id.
Últimas reformas del reinado de Guillermo IV	395
Tipos y fisonomías de España (grabados)	396
El cura Santa Cruz (grabados)	397
La Dicha de un desdichado	398

Bellas Artes : Exposición de 1873 en Paris (grabados)	Págs.
	400

Número 1,066.

El mariscal de Mac-Mahon, nuevo presidente de la República francesa (grabado)	401
Cartas inéditas de don Ventura de la Vega	402
Sucesos de Paris (grabados)	404
Telegrafía atmosférica parisiense (grabado)	406
Revista de Paris	id.
Poesía	407
Bellas Artes : Exposición de 1873 en Paris (grabados)	id.
Los esposos de mistress Skaggs	id.
Últimas reformas del reinado de Guillermo IV	411
El nuevo teatro de Reims (grabado)	412
Los mercados de Paris (grabados)	413
La Dicha de un desdichado	414
La estatua del general Daumesnil (grabado)	416
M. Humann, penúltimo alcalde francés de Estrasburgo (grabado)	id.

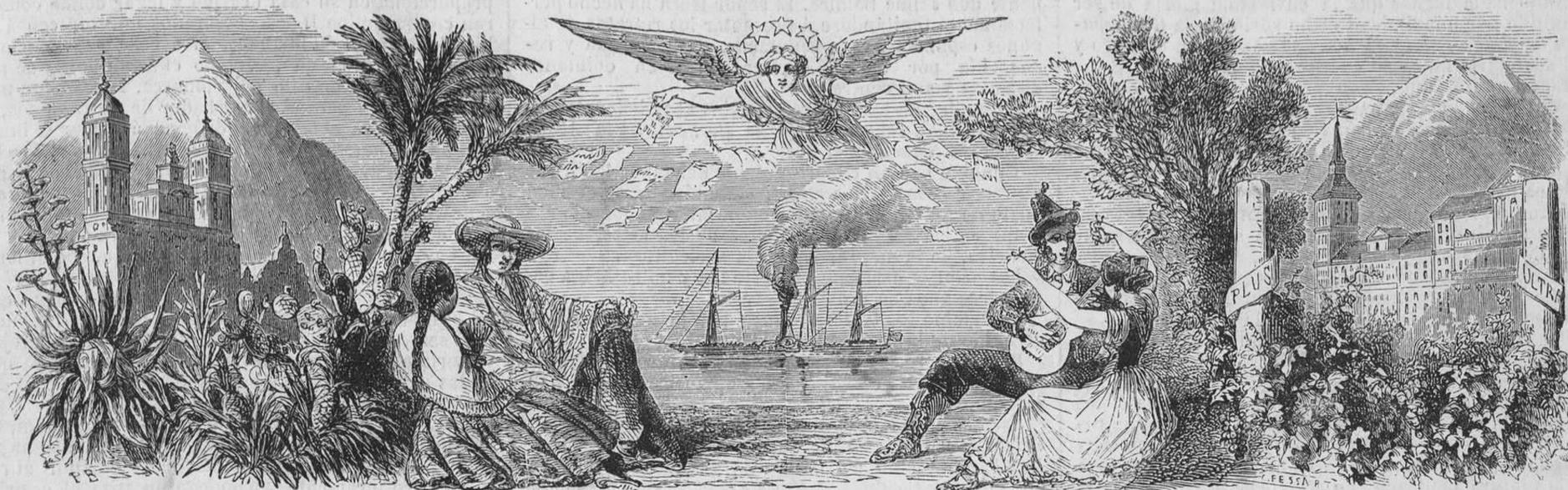


400	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)	393	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)	393	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)
401	Le manuel de M. de M. pour l'usage des professeurs	394	Le manuel de M. de M. pour l'usage des professeurs	394	Le manuel de M. de M. pour l'usage des professeurs
402	Comptes rendus de la Commission de la langue	395	Comptes rendus de la Commission de la langue	395	Comptes rendus de la Commission de la langue
403	Procesos de la Academia de la Lengua	396	Procesos de la Academia de la Lengua	396	Procesos de la Academia de la Lengua
404	Historia de la Lengua	397	Historia de la Lengua	397	Historia de la Lengua
405	Historia de la Lengua	398	Historia de la Lengua	398	Historia de la Lengua
406	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)	399	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)	399	Bolles Atlas Exposition de 1875 en Paris (par Bolles)
407	Historia de la Lengua	400	Historia de la Lengua	400	Historia de la Lengua
408	Historia de la Lengua	401	Historia de la Lengua	401	Historia de la Lengua
409	Historia de la Lengua	402	Historia de la Lengua	402	Historia de la Lengua
410	Historia de la Lengua	403	Historia de la Lengua	403	Historia de la Lengua
411	Historia de la Lengua	404	Historia de la Lengua	404	Historia de la Lengua
412	Historia de la Lengua	405	Historia de la Lengua	405	Historia de la Lengua
413	Historia de la Lengua	406	Historia de la Lengua	406	Historia de la Lengua
414	Historia de la Lengua	407	Historia de la Lengua	407	Historia de la Lengua
415	Historia de la Lengua	408	Historia de la Lengua	408	Historia de la Lengua
416	Historia de la Lengua	409	Historia de la Lengua	409	Historia de la Lengua
417	Historia de la Lengua	410	Historia de la Lengua	410	Historia de la Lengua
418	Historia de la Lengua	411	Historia de la Lengua	411	Historia de la Lengua
419	Historia de la Lengua	412	Historia de la Lengua	412	Historia de la Lengua
420	Historia de la Lengua	413	Historia de la Lengua	413	Historia de la Lengua
421	Historia de la Lengua	414	Historia de la Lengua	414	Historia de la Lengua
422	Historia de la Lengua	415	Historia de la Lengua	415	Historia de la Lengua
423	Historia de la Lengua	416	Historia de la Lengua	416	Historia de la Lengua
424	Historia de la Lengua	417	Historia de la Lengua	417	Historia de la Lengua
425	Historia de la Lengua	418	Historia de la Lengua	418	Historia de la Lengua
426	Historia de la Lengua	419	Historia de la Lengua	419	Historia de la Lengua
427	Historia de la Lengua	420	Historia de la Lengua	420	Historia de la Lengua
428	Historia de la Lengua	421	Historia de la Lengua	421	Historia de la Lengua



EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1873. — Tomo XLI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general y Redaccion : Passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 32. — N° 1,041.

SUMARIO.

Juan Cordero, pintor mejicano; grabado. — Revista española. — Sucesos de Paris; grabados. — Revista de Paris. — Poesía. — Literatura sanscrita. — Los Alpes; grabados. — Las inundaciones; grabado. — Cuentos de Hoffmann. — La ruleta de la calle de Scribe en Paris; grabado. — Idilios aplicados á la realidad, por M. Worms; grabados. — Memorias de un criado. — La eleccion presidencial en los Estados Unidos; grabado.

Juan Cordero,

PINTOR MEJICANO (1).

El dia 16 de mayo de 1824, nació Juan Cordero en Teziutlán (Estado de Veracruz), siendo sus padres don Tomás y doña Dolores Hoyos y Mier.

Desde muy niño descubrióse en él mucho gusto por la pintura, y sus padres, habiendo venido á Méjico, le hicieron concurrir á la Academia de San Carlos.

En 1844 era ya un buen dibujante, y en ese mismo año pudo su familia realizar el deseo del jóven Cordero, de ir á Italia, como en efecto fué, llegando á Roma el 1° de junio.

Una vez en Roma, Cordero se ocupó en perfeccionar sus conocimientos, comenzando sus nuevos estudios bajo la direccion del caballero Carta.

Poco tiempo despues, habiendo llegado á noticias del gobierno de Méjico la dedica-

(1) Del semanario ilustrado *Méjico y sus costumbres*.



JUAN CORDERO, PINTOR MEJICANO.

cion y brillantes disposiciones de Cordero, le nombró agregado á la legacion cerca de la corte de Roma. Mientras tanto, Cordero empleaba catorce horas diarias en el estudio.

Una de sus primeras obras fué el retrato de su maestro, que mereció ser colocado en la Academia de San Lúcas. Este honor animó á Cordero, y en el concurso abierto en 1843, en que tomaron parte los mejores pintores, él, sin conocimiento de su maestro, envió una figura pintada al natural, que le valió una medalla como premio extraordinario.

En octubre de ese mismo año envió á esta capital sus obras siguientes : una copia de un cuadro de Carta que representa un grupo de niños ; un retrato de una princesa napolitana en traje de vestal ; una cabeza de Orestes, copia de Carta ; otra copia de Güerchino, y el retrato de una romana. El primero de estos cuadros fué cedido por la familia de Cordero á la Academia de San Carlos, cuya Junta directiva, deseosa de premiar los prodigiosos adelantos de uno de sus alumnos, cedióle á Cordero la *pension* en Roma.

En 1846 tomó parte Cordero en el concurso que anualmente se celebra en Roma, y obtuvo no ya una medalla sino el *primer premio*; lauro inmarcesible que dió gloria á Cordero y á su patria, pues desde entonces resonó con aplauso su nombre en las ciudades artísticas de Italia.

En octubre de ese año, Carta certificaba que su discípulo habia obtenido ya dos premios en los concursos, y concluía diciendo : « No dudo que dentro de poco el señor Cordero llegue á ser un artista que de mucho honor á su patria y á sí mismo. »

Los años de 46, 47 y 48, los pasó Cordero en el estudio lanzándose atrevido y valiente á la composicion ó asuntos nobles y elevados,

como dijo el señor Zarco. Por este tiempo envió á Méjico su magnífico cuadro *Moisés*, que mereció grandes aplausos en Roma.

Varias cabezas de estudio y la *Anunciacion*, que es una de sus mejores obras, figuraron en la exposicion de nuestra Academia en 1830. En este mismo año abrió Cordero en Roma su estudio, y admiraron todos, artistas y aficionados, el *Colon ante los reyes Católicos*. Honran sobremanera á Cordero los elogios de que fué objeto con motivo de la presentacion de esa obra, que le valió nada menos que la envidiable gloria de ser admitido por unanimidad como sócio de la *Congregacion de pintores virtuosos*, á propuesta de su maestro y del secretario de aquel cuerpo respetable.

Emprendió despues, con permiso de la Academia, su viaje artístico por toda Europa, y en todas partes estudiaba y hacia bosquejos y copias.

En 1833 volvió Cordero á Méjico, trayendo consigo su gran cuadro la *Mujer adúltera*, ante el cual son pequeños los mayores elogios.

Innumerables son las obras de Cordero, y siento no poder referir con alguna detencion siquiera los nombres de algunas de ellas.

Cordero ha hecho un estudio concienzudo de los efectos de la luz, y tiene cuadros verdaderamente primorosos que llaman sobremanera la atencion.

Pocos serán los Estados en que no se encuentre algun cuadro de Cordero, cuyo pincel fecundo está en constante actividad.

No quiero concluir sin hacer mencion de una de las mas bellas obras de Cordero, con la cual me he recreado sinnúmero de veces. Es un cuadro de no muy grandes dimensiones, pero que es una verdadera joya de la pintura mejicana. La *Muerte de Abel* representa esa obra, y puedo asegurar que bastaria por si sola para formar la reputacion de Cordero, si ya antes el mundo artístico no hubiese dado su fallo imparcial y justo. Cordero es un hombre que honra á su patria.

FRANCISCO SOSA.

Revista española.

Cuadro terrorífico. — Aspecto de Madrid. — Novedades teatrales. — *El Haz de leña*. — *El príncipe Hamlet*. — La musa de García Gutierrez. — La musa de Campoamor. — Aparisi y Guijarro. — Valdivieso. — El principio de una novela. — La hija de un diputado.

En los momentos en que tomo la pluma para pasar revista á los sucesos del mes de noviembre, la situacion en que se encuentra este desdichado pais, solo puede compararse con el caos.

Partidos republicanos en armas en muchos puntos de Andalucia, hordas socialistas que asesinan é incendian en las provincias de Murcia y Alicante, carlistas que prosiguen su campaña en Cataluña, agitacion en todas partes y como complemento crisis ministerial en Madrid.

Además, Don Amadeo de Saboya, despues de una grave enfermedad, ha entrado en una convalecencia que segun el dictámen de los médicos durará mucho, quedando su salud muy delicada.

Pues bien, á pesar de esto, Madrid sigue divirtiéndose, lo que prueba que á todo se acostumbra uno y que los simples mortales pueden dormir sobre un volcan y tomar la llama rojiza de los incendios por el hermoso color de rosa de los ensueños mas agradables.

El presidente del Consejo de Ministros ha tenido recepciones, á las que han asistido los diputados por el orden alfabético de las provincias que representan.

Ruiz Zorrilla los convocaba para que le dijeran las necesidades de los pueblos que representan, y á juzgar por sus palabras, ha debido convencerse de que los pueblos no necesitan nada, pero si sus habitantes, toda vez que lo único que le han pedido ha sido destinos, condecoraciones y títulos de nobleza.

En estos últimos dias se ha inaugurado el *Café de Madrid*, cuyo local ha convertido en Museo su propietario don Tomás Isern, con el concurso de notables artistas.

Como Madrid es la capital de la monarquia, en el centro de la elegante rotonda, que presenta un hermoso golpe de vista, se ha colocado una estatua del célebre señor Bellver, que representa la nacion española. La idea es doblemente feliz, por haberse puesto alrededor los escudos de todas las provincias, sin excluir las de Ultramar, hechos primorosamente. Por añadidura, en los cuatro ángulos están los retratos de Pelayo, de Isabel la Católica, de Murillo y de Calderon de la Barca, cuyos elogios mas cumplidos se hacen con solo pronunciar sus nombres. Si á lo dicho se agrega la magnífica balastrada que hay encima de la rotonda, las cuatro bellísimas estatuas, obras originales de conocidos autores, que coronan dignamente, y los adornos lindísimos que todo lo armonizan y embellecen, no es maravilla que sea el conjunto ad-

mirable, por no emplear una frase mas pomposa y encumbrada.

El salon destinado á *restaurant* tiene un friso con doce retratos de personajes muy eminentes. La *civilizacion griega* está representada por Homero, Platon, Aristóteles, Séneca y Sócrates. La civilizacion romana lo está por Virgilio, por Ciceron y por Tito Livio. Y la civilizacion española por el bravo Don Juan de Austria, por el intrépido navegante Cristóbal Colon, por el sublime orador Donoso Cortés y por el filósofo eminente don Jaime Balmes. El señor Isern ha hecho perfectamente limitándose á presentar los retratos de algunos españoles, cuya reputacion es confesada y reconocida por todos, siquiera profesen opiniones distintas y aun contrarias.

Nada diré de los cuadros puestos al rededor del salon principal, representando la *Hermosura*, la *Abundancia*, la *Riqueza* y el *Poder*.

Tambien hay un cuadro notable del señor Lellí, que representa los *Cinco sentidos*, y tambien se ve el buen gusto en los cielos pintados en el mismo soberbio salon, y en los diferentes atributos de las artes, de las ciencias, de la mecánica y de la agricultura.

Los salones permanecen cerrados y no se habla como otros años de próximos saraos.

En cambio los teatros reunen por la noche lo mas escogido de la sociedad madrileña.

Bien es verdad que cuatro de las obras que han llamado su atencion merecen los aplausos de que han sido objeto.

Estas cuatro obras son *Doña Urraca de Castilla* y *Crisálida y Mariposa*, de García Gutierrez, el *Príncipe Hamlet*, imitacion del drama de Shakespeare, hecha por el señor Coello, y el *Haz de leña*, drama del señor Nuñez de Arce.

Invertiré el órden para dar cuenta á mis lectores de estas novedades teatrales.

El sombrío reinado de Felipe II es el fondo elegido para el cuadro dramático que se desarrolla y desenvuelve en el *Haz de leña*, y en medio de la oscuridad de estas primeras tintas se dibuja y destaca una figura indeterminada y confusa, velada por la tradicion popular y poética, infructuosamente investigada por la historia, en la que aun permanece envuelta entre sombras y misterios. Es la figura del príncipe heredero, del desventurado Carlos, del que á atender narraciones románticas del vulgo y de los poetas, fué amante de su madrastra y víctima de su padre, que le arrancó la vida para aplacar sus celos. El romance, la novela y tambien el drama han admitido este argumento sin aquilatar el precio de la verdad histórica, atendiendo solo al efecto de la pasion y á la energia y contrastes de tan trágico suceso. Diego Jimenez Enciso, contemporáneo de Lope de Vega, escribió un drama titulado, *el Príncipe Don Carlos*, tomando por asunto la tradicion de estos culpables y desgraciados amores, terminados por la desastrosa muerte del príncipe. El mismo Lope de Vega, en el reinado de Felipe III, escribió embozadamente sobre la tradicion que tan popular era entonces, y á pesar de haberla desfigurado con el aparato de otro argumento, á la primera representacion del *Castigo sin venganza*, comprendió la autoridad que aquel duque de Ferrara, que da muerte á su hijo por sorprenderle en amores con su madrastra, era una alusion directa al príncipe Don Carlos.

En el siglo pasado, el alemán Schiller aprovechó igualmente la poética leyenda y escribió su famoso drama *Don Carlos*, en el que mas que la verdad histórica campea y brilla la imaginacion y el sentimiento.

Parecia natural, y aun casi inexcusable, que al tratar de presentar en el teatro la persona y carácter del desventurado príncipe, habiase de acudir al conocido y tratado asunto de sus amores con Doña Isabel de Valois. El señor Nuñez de Arce, dice con razon un critico, con una delicadeza extrema y una severa conciencia histórica, ha salvado felizmente este primer escollo que á tan difícil asunto se ofrecia. No es ni ha de ser el drama histórico de los tiempos modernos, una invencion mas ó menos enriquecida con imaginadas aventuras y soñados caracteres, sin mas realidad y verosimilitud histórica que la aseracion del autor que pone en las acotaciones del drama una antigua fecha, y hace vestir á los personajes las ropas propias de aquellos pasados tiempos. Los amores del príncipe Don Carlos con la esposa de Felipe II, no solo no se hallan suficientemente deslindados por la historia, sino que, segun modernos trabajos, aparecen problemáticas aquellas relaciones, cuya version, sin duda, fué confundida con el hecho de las bodas proyectadas entre el príncipe y Doña Isabel, antes de llegar á ser esta esposa de Don Felipe.

Salvada de este modo la verosimilitud histórica, el señor Nuñez de Arce elige para personajes principales, á mas de los necesarios de Don Felipe y su hijo, otros históricos como el comediante Cisneros, el marqués de Berghes, el baron de Montigny, el cardenal Espinosa y algunos mas que, si intervienen en la accion, es en grado tan secundario, que aunque se aduleraran sus caracteres, no se ofenderia á la historia.

Un personaje hay de pura invencion, que hace el poeta intervenir acaso para dulcificar con la ternura de la mujer y el sentimiento del amor; la severidad de la accion que, á nuestro juicio, si no tan bella, continuaria igualmente interesante entre hombres solos; este personaje es Catalina, hermana de Alonso de Cisneros, el comediante. Un horrible afan de venganza, un satánico deseo, que el poeta atribuye á Cisne-

ros, es la piedra angular del drama. El comediante ha visto morir en el público cadalso de Valladolid á su padre, el caballero Carlos de Sesa, victima de angustiosos tormentos, aniquilado en las llamas de la nefanda hoguera del Santo Oficio. Aquel recuerdo le persigue, aquel horrible espectáculo se presenta á su imaginacion dolorida, y envenena su corazon que, oprimido de angustia, hace concebir á su cerebro el mas espantoso plan de venganza. Él alienta con torcidos fines la impaciente ambicion del joven Carlos, él proporciona en su casa ocasion y lugar donde conspiran contra Felipe II los conjurados que ofrecen á su hijo la corona de Flandes, él acecha en silencio el momento fatal en que, agotado el sentimiento de padre y herido el orgullo del monarca, Don Felipe medita el castigo para el perturbador de sus Estados, él es quien en la sombra se dispone á armar el brazo que ha de herir al príncipe, convirtiendo al rey en criminal parricida. Unas palabras verdaderamente abominables, que el mas fanático de los fervores, arrancara al rey Don Felipe cuando en Valladolid presenciaba la escena horrible y aterradora del Auto de Fe, en que sacrificaban al caballero Sesa, son el lema constante que alienta al hijo del desventurado hereje, para cumplir su vengativo crimen. « Si supiera que mi hijo abandonaba los preceptos de la religion, única y sacrosanta, para aumentar las filas de la herejia, yo seria el primero en llevar el *haz de leña*, para que en las llamas hallara su satisfaccion el cielo, y el delito su castigo. »

Esta cruel paráfrasis del sacrificio de Abraham, da origen al título del drama, y es el tema de su argumento. Alonso Cisneros intenta hacer cumplir al rey su bárbaro juramento, y con este fin atiza el espíritu de sedicion que la demasiada clausura y recogimiento excesivo hacen brotar en Don Carlos.

En oposicion y contraste á lo implacable y rudo de este carácter, aparece el de su hermana Catalina, tierna mujer que en las frecuentes visitas que á casa del comediante hace el príncipe para seguridad de la conjuracioa, halla ocasion de verle y de tratarle, y á su despecho, y sin que su voluntad lo impida, nace en ella una tierna adhesion primero y un casto amor despues, que son origen de situaciones dramáticas y bellísimas que animan con la variedad de un nuevo color la uniforme entonacion del cuadro.

Iniciado el drama, la accion se desenvuelve y marcha á una catástrofe inevitable, que á no ser de antemano conocida por la historia, habria de ser adivinada en la marcha de los primeros acontecimientos.

El rey Don Felipe conoce el proyecto de huida á Flandes, que él mismo sorprende por la traicion de Cisneros, que le oculta en su casa, en ocasion y tiempo en que se reune el príncipe á conferenciar con sus amigos. La ira del monarca no puede ser contenida, el proceso se instruye, la encarcelacion se lleva á cabo, y en todo esto siguese la histórica sucesion de los hechos. Inútiles son, por otra parte, las súplicas de Catalina, que horrorizada del criminal deseo de su hermano, quiere salvar al príncipe con la persuasion de que abandone su arriesgado empeño. Don Carlos no cede ni á los ruegos de Catalina, ni á las amenazas de su padre; y cuando perdida toda esperanza de evasion y libertad mirase reducido á estrecha cárcel, se desata su orgullo de raza, se desencadena su espíritu violento, buscando en la tranquilidad de la muerte descanso á su combatida existencia.

Los excesos que la historia refiere cometió el príncipe para abreviar su vida penosa y enferma, le posttran y conducen á los últimos momentos; el rey acude á perdonarle, y cuando ya ha espirado, Cisneros, que mira su esperanza cumplida, vuelve los ojos á su hermana, que extraviada por el dolor se torna loca, y á la desesperacion y angustia que en él causa desgracia tan terrible, sucédese el hondo martirio de la conciencia: entonces espantado y perseguido por amargos remordimientos, vélvese al rey, confiesa que es luterano, y pide á gritos la hoguera.

Tal es el drama que reune á la belleza del fondo la de la forma en grado superlativo.

Oigamos ahora cómo ha sido juzgada por la mas concienzuda critica la imitacion del *Hamlet* de Shakespeare.

En el drama del señor Coello se han conservado los principales personajes que intervienen en el del poeta inglés, habiendo reducido mucho su número acaso para evitar dificultades de escena. Pensamientos y situaciones han sido tambien conservados y fielmente seguidos, y aun escenas hay que pudieran considerarse como traduccion directa del original, segun el feliz acierto que en algunas ha tenido de alterar apenas el texto á pesar de las exigencias de la rima. Pero en el fondo total del cuadro, en el profundo pensamiento dramático que constituye el principal mérito, y la superioridad y grandeza del *Hamlet* de Shakespeare, la imitacion apenas simula pálidos reflejos.

El carácter de Hamlet, en nuestro juicio, no ha sido comprendido por el señor Coello. Es Hamlet una obra que, como casi todas las de Shakespeare, tiene dos maneras de ser ó dos manifestaciones distintas; es como si dijéramos, un drama dentro de otro drama; el drama de la accion exterior del movimiento escénico, de los diálogos y combinaciones entre los variados personajes, y el drama interior trascendental, que no se desarrolla en otro círculo que el del corazon del protagonista, y que constituye otra accion aparte, puramente psicológica, mas grande, mas sublime, mas aterradora y elevada que el constituido por la suc-

sion puramente episódica de los demás accidentes exteriores.

El drama exterior de *Hamlet*, no es mas que la vestidura externa, el cuerpo material, absolutamente preciso, para hacer comprensible á los sentidos el otro drama del espíritu, que es el único, el verdadero, el que el autor, sin duda alguna, primeramente ha sentido y meditado.

La venganza de la muerte de Horvendilo, y los estratégicos medios que el contrariado Hamlet emplea, es el exterior asunto del drama. ¿Y podrá decirse, á pesar de esto, que el *Hamlet* es un drama cuyo objeto sea pintar la pasión de la venganza? ¿Qué relación puede haber entre Hamlet y los dos grandes tipos que la antigüedad clásica presenta en el teatro como personificación de la venganza, Orestes y Electra? No, seguramente; ni Hamlet representa el exclusivo carácter del vengador, ni lo que es aun mas, la acción exterior del drama; la venganza que medita y realiza, es necesaria para el desarrollo del tipo: otra acción distinta hubiera bastado, porque la pasión de la venganza, ya lo hemos dicho, no es la esencial del carácter de Hamlet.

El espíritu de Hamlet pertenece al número de esos pocos que son verdaderos agitadores de si mismos, para quienes la vida exterior es casi indiferente; espíritus demasiado elevados, y á veces demasiado débiles, que ora se remontan á los últimos límites del pensamiento y llegan hasta el delirio, ora se entregan á los impulsos de la pasión en todos sus extravíos y rayan en la locura. El profundo abatimiento, la melancólica tristeza, la fantasía lúgubre, preocupada por pensamientos de ultra-tumba, se dan en el personaje, antes que en la acción dramática, ó lo que es lo mismo, Hamlet es como es, y seguiría siendo lo mismo, á pesar de que variarían las condiciones escénicas en que se presenta. Hamlet, preocupado y escéptico al parecer, por la muerte de su padre y el crimen de su tío, hubiera sido igualmente desgraciado aun que su padre viviera; podrá la acción exterior entonar con la oscuridad de sus tintas, con la sombría figura que entre ella se destaca; pero lo repetimos nuevamente, el drama exterior de la venganza iracunda y los contrariados amores, no son la esencia del drama. El drama es Hamlet, Hamlet es el hombre, el hombre es la desgracia, la desgracia en todas sus múltiples manifestaciones; dentro del espíritu la pasión, el error, la duda, el temor, la fatalidad, el misterio, una lucha continuada y una horrible confusión caótica; por fuera el dolor físico y los desengaños, las penas que nos causan los muertos que amamos, y las que nos producen los vivos que odiamos, y toda esta multiplicidad de afectos y pasiones girando en aparente discordia bajo una armonía artística.

En el drama del señor Coello solo aparece la exterior vida dramática, la trama escénica entre los personajes que complican la acción y preparan la catástrofe; pero del drama permanente y eterno, del drama trascendental y sublime de la humanidad entera, luchando con sus pasiones y planteando el dudoso problema de la otra vida, envuelto entre las sombras del escepticismo y del misterio de este drama, solo aparecen algunos salpicados reflejos, pensamientos arrancados del original y sembrados en el trascurso de la obra, mas al azar que con determinado concierto.

La relación en que Hamlet, abrumado por el peso de la vida, invoca al suicidio como remedio eficaz á tantos males, ha sido unida al famoso monólogo del segundo acto: « morir es dormir, y tal vez soñar, » y esta unión, llevada felizmente á cabo, hecha en hermosas y sonoras décimas, hubiera correspondido al carácter de Hamlet, á no haber terminado con otras añadidas que están en contradicción del espíritu escéptico y de duda á quien son atribuidos. En estas últimas décimas el escepticismo de Hamlet toma un sentido religioso, que no solo no tiene el original de Shakespeare, sino que contradice al carácter mas bien ateo que predomina en Hamlet. Si á esto se une que en la imposición de reducir la acción á tres actos, ha sido necesario suprimir escenas enteras, y acortar y adulterar otras, formando muchas por aglomeración de retazos y fragmentos tomados de distintos actos de la obra, hallamos que el carácter de Hamlet no se desarrolla, ni puede desarrollarse en toda su gigantesca y majestuosa magnitud. La escena acaso mas característica de toda la obra, la de Hamlet y Horacio con los enterrados, ha desaparecido por completo; las varias á que da lugar la llegada de los cómicos, no se hallan en el drama del señor Coello, que en su afán de reducir el número de personajes, ha sustituido la dramática representación de una farsa preparada por Hamlet para acusar su crimen al cruel Fengo, por otra menos interesante y mas violenta, en que la lectura de un análogo pasaje reemplaza el efecto de la representación del original de Shakespeare.

De todos modos la obra ha sido muy aplaudida y su joven autor ha conquistado un puesto envidiable en la república de las letras.

Me he detenido mucho, y para terminar el capítulo de las dos novedades teatrales, voy á copiar una escena del drama *Doña Urraca* y otra de *Crisálida y Mariposa*.

Los lectores comprenden que ambas obras por ser de García Gutierrez, son dos joyas.

Vean cómo el poeta maneja el drama y cómo la comedia.

Esta escena es del drama.

ALFONSO.

¡Oh! Si algun dia,
Como presumo y deseo,
De Calpe hasta el Pirineo
Se forma una monarquía,
¿A dónde no alcanzará
Su fuerte y robusto brazo?
Unid en estrecho lazo,
Como lo presienten ya,
Al bravo astur, que la cruz
Sostuvo con noble empeño,
Y al varonil extremeño
Con el inquieto andaluz,
Y con Castilla y Leon,
De su heroica historia ufanas,
Mallorca y sus dos hermanas
Cataluña y Aragon,
Murcia la bella, y despues
Del valenciano bizarro,
Unid al fuerte navarro
Con el audaz portugués,
Y al gallego retador
Aunad el vasco guerrero
Que forja y temple el acero
Con que ilustra su valor.

GIRALDO.

¡Ah! ¡Señor! ¡Si esa esperanza
Ha de realizarse un dia!...

GARCÉS.

¡Ya veis qué gran monarquía!

BELTRAN.

¡Digna de tan fuerte lanza!

ALFONSO.

El rey que tenga la gloria
De poseer tal imperio,
Quien mande en el pueblo iberio,
Hará esclava la victoria.
Dijérase que esta tierra,
Tan noble y privilegiada
Fué por su Hacedor creada
Para escuela de la guerra;
Porque sus hijos feroces
Prefieren, como soldados,
Las lanzas á los arados,
Las cuchillas á las hoces.
Cada monte, cada cerro
Es centinela que arredra
Con el arnés todo piedra
Y el corazon todo hierro.
Para los robustos pinos
Que dan sus bosques frondosos,
Tiene mares procelosos,
Escuela de sus marinos,
Y tiene, por fin, el sol
Que, al par que fecunda y rica,
La hace grande, y vivifica
El espíritu español.

Véase despues otra muestra no menos notable de la segunda; el monólogo de Clara en el final del acto primero, cuando la crisálida se convierte en mariposa, á impulso de su naciente amor:

Me ha dicho que son celos:
Celos se llaman
Las ansias, los desvelos
De los que aman.
¡Y amargan tanto!
¡Como que son las flores
Que riega el llanto!
¡Pero si yo no lloro!
¡Si antes me rio!
¡Si está entero el tesoro
Del llanto mio!
¡Ay! ¡No! Una gota,
Un pedazo del alma
Siento que brota!

¡Señor! ¿Hay tal quimera?
¡Qué poco valgo!
¡A lo menos quisiera
Llorar por algo!
Busco un pretexto,
Porque no quiero estar triste:
¿Pero qué es esto?
¿No será fuerte cosa,
Por un antojo
Si el otro toma esposa
Tener enojo
Ni pesadumbre?
¡Lo que puede la fuerza
De la costumbre!

...
¿Y si no congeniamos?
Justa ó injusta
Tengo una pena, vamos,
Que no me gusta.
¿No manda Dios
Que andemos por el mundo
De dos en dos?
De este modo, apareadas
Por esas lomas
Andan las cogujadas
Y las palomas:
Todos los séres;
Y así andarán los hombres
Con las mujeres.
¡Si fuera mi marido!
¡Si fuera presto!
Pero ¿qué es lo que pido?
Pero ¿qué es esto,
Que la alegría
Parece que se aleja
Del alma mia?
Esto es que pierdo el juicio.
¿Por qué? Lo ignoro:
Que me quejo de vicio
Que rio y lloro:
Es que al reclamo
Acudo al fin... ¿Lo digo?
Esto es... ¡que amo!

Como ven mis lectores, el contraste no puede ser mas bello. La grandeza del drama y la ingenuidad de la comedia son verdaderamente encantadoras.

Despues de los versos del siempre joven y siempre inspirado poeta García Gutierrez, creo que á mis lectores agrada como la bellísima composición que acaba de brotar de la pluma del eminente poeta Campoamor, titulada *los Dos Miedos*. Héla aquí:

1º

Al comenzar la noche de aquel dia,
Ella, lejos de mí,
— ¿Por qué te acercas tanto? me decia;
Tengo miedo de tí.

2º

Y luego que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí;
— ¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
Tengo miedo sin tí.

Una gran desgracia para las letras, para la ciencia, para la familia y para la sociedad tengo que registrar. En la noche del dia 5, Aparisi y Guijarro, lleno de salud, pero cansado por el trabajo se despidió de su esposa y de sus hijos para ir á la ópera.

Su amigo don Gabino Tejado le acompañaba, subieron á un carruaje y al poco tiempo se sintió indispuerto Aparisi.

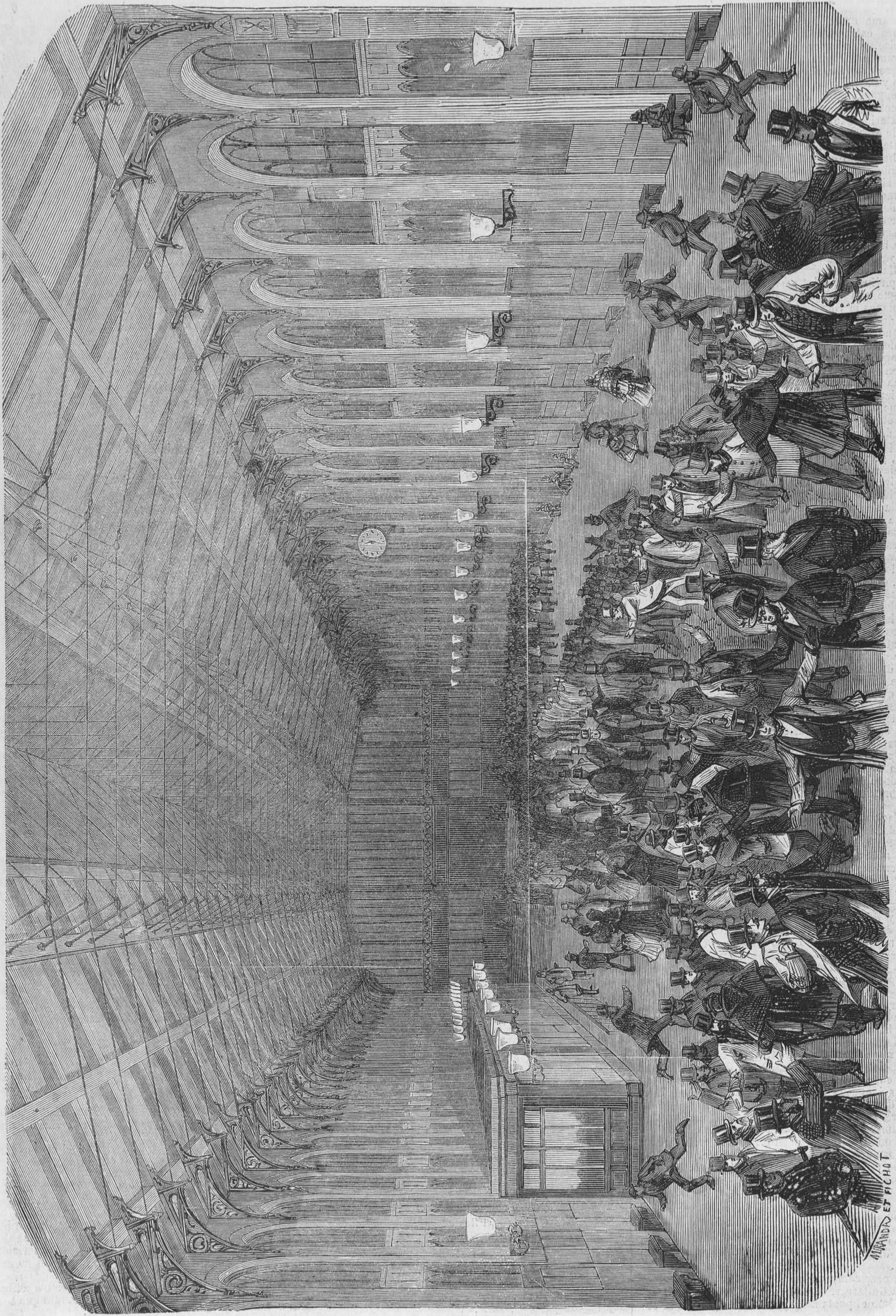
Cinco minutos despues espiraba en el mismo carruaje victima de una apoplejia fulminante. Su muerte ha sido un luto nacional.

En todas las provincias le han hecho sus admiradores honras fúnebres, todos los periódicos han arrojado sentidas flores sobre su tumba.

Se han publicado numerosas biografias de tan insigne publicista, de tan cumplido caballero, se ha hecho un notable retrato suyo, y por una suscripción nacional van á publicarse sus obras como un monumento á su memoria.

Castelar ha hecho un estudio de su paciente amigo y reproduce algunos párrafos de este estudio que son el verdadero retrato del gran hombre.

« Aparisi, dice, era en el fondo de su alma democrata y republicano. Este sentimiento suyo, superior



SUCESOS DE PARIS. — La estación del ferro-carril del Oeste á la llegada de los diputados de Versalles, el día que se dió en la Cámara el voto favorable á M. Thiers.
 (Véase la *Revista de Paris* del número 1,040).

HURAND ET FICHAOT

á su educacion y á sus compromisos, se desbordaba del corazon y le salía á los labios con frecuencia: « Nada quiero de nadie, decía á don Carlos, ni rey, ni pueblo, fuera de la justicia que se nos debe á todos. » En las Cortes exclamaba: « ¿Por qué no he de decirlo? Si fuera posible que un hombre escogiera diversa patria de aquella en que nació, sobre todo llamándose esta patria España; si eso fuera posible, y me viera forzado á elegir patria distinta de la amadísima en que vi la luz, yo elegiría un rincón oscuro de Suiza. » Y terminaba este concepto esencialmente republicano con la elocuentísima reflexión que sigue: « Humilde y pobre, solo me siento bien hallado entre los pobres y los humildes. » Y estas palabras no eran meros dichos, eran también conducta, eran también acción y vida. Valencia alberga numerosas familias aristocráticas, y todas á porfía se disputaban el honor de ofrecerle sus salones y en sus salones recibirle.

Aparici, modesto hasta la humildad, severo hasta el ascetismo, fino y caballeroso en su trato, en el vestir descuidado, en las maneras un tanto torpe á guisa de seminarista recién salido del seminario, esquivaba todo aristocrático obsequio, y aunque tenía horror al orgullo, y se gloriaba no usar jamás esta palabra, y de horrorarla si la encontraba al paso, inspirábase esta conducta en la satisfacción propia de aquel que se siente elevado á las alturas por su propio esfuerzo y que cree honrarse con los humildes y honrar á los poderosos. Las lecturas continuas de la Biblia, que le enajenaban, no solo por las ideas allí encerradas, sino por el estilo en que estas ideas se expresan, daba también á sus escritos carácter republicano: « Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, ó si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, á aquel y á vosotros diré: sabed, desdichados, que habéis de morir. » « Récia cosa debe ser para los grandes criminales, que el mundo laurea, caer de repente, y desnudos, y temblando, entre las manos de Dios vivo. » ¿No creéis oír los acentos de los profetas contra los reyes?

Pero las circunstancias deciden muchas veces de los destinos del hombre. La educación convirtió al republicano de convicción en monárquico de sentimiento. El tutor tuvo en perpétua tutela el alma de su pupilo. La inteligencia de Aparisi á su vez amaba la poesía de lo pasado, á la manera de ciertas aves que anidan siempre en las ruinas. Su claro juicio hubiera podido contrastar aquella inclinación de su fe, si en él entraran algunos reflejos del pensamiento moderno. Pero sentía, no solamente repulsion, menosprecio también á nuestra filosofía. Su temperamento nervioso se agitaba profundamente con la estética del catolicismo. Su carácter esencialmente afectivo, amaba á los reyes vencidos, víctimas de fuerza semejante á la fuerza, que persigue al héroe de la tragedia griega. La exclamación estoica que el poeta cordobés puso en los labios de Caton, la repetía continuamente; gustaba de aparecer como el cortesano de las desgracias régias, como el plañidero de las instituciones muertas.

Hay almas que todo, hasta el arte, lo transforman en fórmula nacional; pero el alma de Aparisi lo transformaba todo, hasta las fórmulas matemáticas, en fantasía y en sentimiento. La ciudad donde nació contribuyó á ello, aquella ciudad semi-griega, semi-árabe, asentada en el paraíso, cercana al mar de la inspiración y del arte. La profesion misma, que parece tan prosaica, la abogacía, exaltaba su temperamento, porque estas profesiones, originadas de las miserias humanas, del conflicto con la naturaleza como la medicina, del conflicto con la sociedad como la jurisprudencia, inspiradas en la compasión y en la caridad de corazones entusiastas, se elevan á verdadero sacerdocio.

Poeta siempre en cuanto se desceñía la toga, tomaba la lira y tañía de continuo, no solamente en sus versos, sino en sus conversaciones, que eran verdaderos poemas. Hay en el arte dos clases de almas: las almas sublimes y las almas bellas. Las almas sublimes son como el sol, las almas bellas son como la luna. Las almas sublimes son como el Océano, inmensidad, oleaje, tempestades; las almas bellas son como el Mediterráneo, gracia, armonía, luz, contornos suaves, en una palabra, si el definido puede entrar en la definición, hermosura.

El poeta florentino buscó para guía de su viaje eterno á Virgilio, porque él era alma sublime y Virgilio alma tierna y bella. Así entraba en la eternidad con aquellas almas de dos diversas naturalezas todo el genio humano. Cuando queráis comprender el movimiento católico del siglo, tened por cierto que De Maistre representa lo sublime en este movimiento; y Aparisi lo bello, lo tierno, lo armonioso, lo dulce, lo que parece á primera vista menos grande, y es en realidad mas profundamente humano.

También ha fallecido el pintor Valdivieso, jóven autor de varios cuadros premiados en las Exposiciones de Madrid y Paris. Entre ellos los mas notables son las *Hijas del Cid*, el *Descendimiento de la cruz* y la *Primera Comunión*.

La Crónica de los chismes y cuentos sociales se ha alimentado con esta noticia pública dada por todos los periódicos.

« Un caballero, hermano de uno de los mas importantes ministros actuales, ha huido con cierta señorita á quien amaba y de la cual era correspondido. El matrimonio debía celebrarse en breve; el *trousseau* y las galas estaban listos, cuando cádate que de la noche á la mañana la familia opone un *vetó* formal á las

esperanzas de los futuros cónyuges. Desesperacion de estos; promesas de eterna fe; en fin, resolución violenta... fuga.

Al cabo de una semana no se ha averiguado todavía el paradero de la amorosa pareja, que aparecerá casada civilmente en cualquier pueblo de España, porque en el extranjero el enlace sería nulo.

Si esto hacen los hermanos de los ministros... Pero, en fin, concluiré con una anécdota infantil que demuestra la atmósfera en que respiramos.

Una niña ingresa en un colegio y á los dos ó tres dias la reprende la maestra.

La niña llora, cuenta en su casa lo que le ha pasado, y al volver al colegio se encara con la profesora y la dice:

— Ha dicho mi mamá que no me riña Vd. porque soy hija de un diputado ministerial.
¡Hasta los niños!

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de noviembre de 1872.

Revista de Paris.

Los teatros subvencionados de Paris acaban de ganar su causa ante la Asamblea de Versalles. No ha sido sin trabajo y sin esfuerzo por parte del gobierno, y también sin protestas por parte de la mayoría que concede este año ese lujo á Paris, reservándose para el próximo toda su libertad de hacer economías ó supresiones en los diversos capítulos.

El total de las subvenciones á los teatros, comprendiendo el Conservatorio de música, asciende á 1.655,000 francos, en la siguiente forma:

Teatro de la Opera, 800,000 fr.

Teatro Francés, 240,000 fr.

Teatro de la Opera Cómica, 240,000 fr.

Teatro Lírico, 60,000 fr.

Teatro Italiano, 100,000 fr.

Discutíase pues, el mártés último este capítulo del presupuesto tan interesante para las letras y las bellas artes, y al abrirse el debate se presentó una proposición con reducciones y supresiones que limitaban el total del gasto á 800,000 fr., en vez del millon y medio presupuestado.

Un momento hubo de creerse que podía ser derrotado el gobierno en este asunto, y por lo tanto que los grandes teatros de Paris, se iban á ver entregados á sus propios recursos, excepto la Opera, el Francés y la Opera Cómica, á los cuales se destinaban subsidios insuficientes.

Y era de temer, no tanto por la cuestion en sí, como porque en ella podía introducirse la política.

Con efecto, M. Jules Simon, el último resto del gobierno del 4 de setiembre que queda en el gabinete, en clase de ministro de Instrucción pública, Cultos y Bellas Artes, no está naturalmente en olor de santidad entre la mayoría, como lo ha probado la lluvia de ataques de que ha sido objeto; pero por fortuna para los teatros de Paris, el ministro ha maniobrado con tal habilidad y tanta astucia que ha sabido vencer desarmando á los combatientes. Todo ha sido cuestion de hacer sacrificios, á los que se ha prestado con una benevolencia de que hay pocos ejemplos.

El debate del presupuesto de su complicado ministerio ha sido largo porque abraza muchos capítulos; sin embargo, desde el principio M. Jules Simon ha sabido adelantarse á los deseos de la mayoría de la Asamblea.

— ¿Para qué un secretario general que cuesta 12,000 fr. al año? preguntan los diputados de la mayoría.

— Es verdad, contesta el ministro: suprimido.

— ¿Para qué el inspector general de las escuelas de medicina con 12,000 francos?

— Es verdad, puede reemplazarse con profesores y miembros del Instituto.

Pero esto es poca cosa: un diputado pide 12,000 fr. para los laboratorios de las escuelas de medicina de Montpellier y de Nancy, y el ministro promete satisfacer cumplidamente á los tales laboratorios, con solo 6,000 fr.

— ¿Qué hacen esos bibliotecarios de Versalles y de Fontainebleau, que nunca están en las bibliotecas?

— Es mucha verdad: en primer lugar se les aplicará una rebaja de 4,000 fr. en los sueldos y luego, si faltan á su obligación, se les quitará el destino.

Hé aquí un capítulo que no es del gusto de los diputados: 50,000 fr. para las bibliotecas populares.

— ¿No queréis concederlos? exclama el ministro; perfectamente, nos pasaremos sin ellos.

Durante dos sesiones se ha visto este espectáculo. No habia mas que pedir, el ministro estaba pronto á todo.

Y tanto fué así que la conclusion de todos sus argumentos se encierra en esta bella frase:

— ¡Señores, estamos todos de acuerdo!

Una sonrisa general circuló por los bancos de la dere-

cha: con efecto, los enemigos del ministro que parecían decididos á derrocarlo, estaban desarmados y casi podríamos decir, estaban contentos.

Hablemos pues de la discusión relativa á los teatros, que ofrece un interés especial para nuestra crónica.

Aquí la tarea del ministro era mas difícil; pero supo salir victorioso, haciendo la concesión que reclamaba la mayoría, prometiendo estudiar atentamente la cuestion de las subvenciones teatrales por personas competentes, para que la Asamblea decida el año próximo con pleno conocimiento de causa.

Gracias á esta promesa pudo arrancar la aprobación del capítulo de su presupuesto para el año corriente.

Además hizo valer otras razones que sin duda habrían sido quizá poco escuchadas sin aquella concesión, y que sin embargo, son de gran peso.

Con efecto, M. Jules Simon expuso que las empresas teatrales tuvieron en 1870 pérdidas inmensas, por las cuales se les deben compensaciones.

Esto por lo que hace á la parte material; pues el ministro añadió con mucho tacto que no quería tratar del interés del arte, ni de la cantidad de artistas que viven de los teatros subvencionados, ni de los autores dramáticos, que son una de las glorias subsistentes de la Francia y que contribuyen cada día á que sea en el exterior admirada y respetada.

No solo triunfó el ministro, sino que logró aplausos al fin de su discurso.

Trató un punto en que no podía menos de conquistarse las simpatías de toda la Asamblea.

Así como M. Jules Simon quiere proteger á las empresas teatrales en provecho del arte y de la literatura, así también se propone declarar una guerra á muerte á una verdadera plaga que hay en Paris, hasta destruirla: los cafés conciertos, cosa trivial, vulgar y afrentosa, según dijo el ministro.

Citémos sus palabras.

« A la hora en que hablo, dijo, existen en Paris 185 cafés-conciertos. Acabo de hacer un reglamento muy severo, del cual quieren apelar ante los tribunales, y hay personas que se figuran perderá el pleito el gobierno. Yo no lo pienso así, y aconsejo á los dueños de esos establecimientos, en su interés, que no den semejante paso. Mi reglamento les opone muchas trabas. No puedo cerrarlos, porque se opone á ello la ley; pero no cesaré de dificultar tales empresas, porque no soy partidario de ese género de diversion que consiste en presentar ante los obreros y los trabajadores cuadros vergonzosos, acompañados de palabras abominables y de una música detestable. »

¿Cómo no aplaudir tales pensamientos?

Sin embargo, aunque el ministro tenía ganada su causa, sus adversarios mas determinados no cejaron hasta el último instante.

Por órgano de M. de Belcastel expusieron nuevamente la eterna teoría de que la nación no debe pagar las diversiones parisienses.

¿Por qué no hace ese gasto la villa de Paris?

Si el brillo de los teatros atrae extranjeros, quien se aprovecha es Paris, el comercio y la industria de Paris, en ello no ganan nada las provincias; y arrancar el óbolo de manos del aldeano para arrojarle á la cabeza de un tenor ó á los pies de una bailarina que él no ha de ver nunca, por lo cual el orador le felicita sinceramente, es repugnante é injusto.

« Bastante es ya, añade M. de Belcastel, haber gastado la enorme suma de 54 millones en ese nuevo edificio de la Opera, monumento de decadencia, como se ha dicho, y cuyo frontispicio, era no hace mucho tiempo, un ultraje al pudor público. »

M. de Belcastel combate la idea de que Rossini y Meyerbeer sean talentos nacidos al brillo de la escena francesa. Su genio tiene en verdad otra procedencia. Tampoco Corneille, ni Racine, ni Molière necesitaron magníficos teatros para ser grandes autores.

« Las subvenciones, dice, no tienen nada que ver con la grandeza de la Francia. Lo que necesita la Francia para regenerarse, no es el grito de *Panem et circenses*, son costumbres viriles y austeras. No quiero hacer la crítica de los teatros de Paris, porque sería muy largo: me contento con declarar lo que ningun hombre de buena fe se atreverá á poner en duda, que si la escena parisiense es el atractivo del universo, también es su escándalo y que en todo caso, no se debe contar con ella para la regeneración de la patria. ¿Acaso el brillo y la pompa del teatro son una fuerza para un pueblo? Jamás ha estado el teatro mas floreciente que en las últimas horas del imperio. No hablemos pues, de honor, de gloria y de civilización á propósito de teatros: no habitan ahí tan grandes cosas. Hablemos simplemente de economía; pensemos que con los 700,000 fr., cuya supresión pido, se pueden mantener 1,000 maestros de escuela y se puede dar instrucción á 30,000 personas. No teatros, sino escuelas, y escuelas cristianas, es lo que la Francia necesita. »

El ardiente orador de la derecha olvida un punto muy esencial en su filípica contra los teatros parisienses. No cabe duda que muchos de ellos son una escuela eterna de

inmoralidad, poniendo en escena cuadros de malas costumbres, sin su correspondiente correctivo; pero justamente son estos teatros los que carecen de subvencion y no la necesitan, porque desgraciadamente son los que atraen mas al público. ¿No teme el diputado moralista que las principales escenas de Paris abandonadas á sus propios recursos, caerian muy pronto en la corriente disolvente si no querian cerrar sus puertas? Está probado que sin la subvencion, ni en la Comedia Francesa, ni en el Odeon, podrian representarse las obras del repertorio clásico; y hé aquí como el auxilio del gobierno alcanza un fin laudable á todas luces.

En cuanto á los teatros líricos, la Opera, los Italianos y la Opera Cómica, ¿qué seria de ellos si se vieran reducidos á vivir de su vida propia? No, hay gastos de lujo que los Estados se hallan en la imprescindible obligacion de hacer, y uno de ellos es este que nos ocupa. Así lo comprendió la Asamblea votando íntegra la suma pedida por el gobierno, excepto los 60,000 fr. destinados al Teatro Lírico, que no está abierto en el día.

A propósito de teatros diremos que las funciones de la semana, son bien insignificantes en punto á novedades.

En el Odeon se ha estrenado con poca fortuna, una comedia en tres actos de M. P. Ferrier, titulada: *Gilberto*.

Es una produccion muy moral, pero desgraciadamente poco interesante.

El protagonista es un noble campesino que vive con su madre y su hermana sepultado en sus haciendas, en tanto que su padre el conde de Roquebrune se halla en Paris disfrutando de todos los placeres.

No tarda en arruinarse, y viéndose ya sin medios para continuar en Paris su vida de opulencia, se resuelve á volverse con su familia, que le recibe con gozo, le perdona y sacrifica todos sus bienes á pagar las deudas que han dejado en pos de sí sus locas disipaciones.

El golpe, sin embargo, es muy terrible para Gilberto.

Enamorado de una viuda que posee una gran fortuna, renuncia á su enlace ahora que ya se ve pobre, temiendo que su amor sea interpretado como un cálculo; pero la viuda se aplica á buscar un medio para vencer tales escrúpulos.

Lo mismo sucede con la hermana de Gilberto, enamorada tambien, que por igual causa renuncia al casamiento y que, sin embargo, gracias á la viuda, se vuelve á encontrar en posicion de realizar el sueño de sus años juveniles.

Todas las escenas de amor están trazadas con mucho sentimiento; pero se interponen tantos detalles de la vida rústica, tantos episodios respecto á intereses, que la accion es lánguida y fria y el argumento no interesa.

La ejecucion es excelente, sobre todo por parte de las señoras Leonide Leblanc y Baretta, y los señores Brindeau y Berton, artistas de mérito.

Completan el espectáculo un acto de Teófilo Gautier, el *Tricornio encantado*, que se representó hace años en Variedades y que se oye siempre con aplauso por lo original y lo divertido, y el *Fantasma rosa*, comedia en un acto de M. Carlos Edmond, fundada en una idea conmovedora.

El *Fantasma rosa* es el recuerdo de una preciosa niña, muerta en la primera infancia.

Esta desgracia produce en los esposos una desavenencia que les induce á separarse.

Pero hé aquí que ocurre una dificultad.

¿Para quién de ellos serán las muñecas de la niña difunta?

Los esposos no disputan ya; lloran y hacen las paces.

¿Puede darse nada mas delicado y mas sencillo?

En los teatros líricos nada notable.

Mientras en la Grande Opera se vuelve á poner en escena el *Hamlet*, el gran triunfo de Faure, con la señorita Fides Dévries en la parte de Ofelia desempeñada con señalado aplauso, lo que no es poco decir, tratándose de un papel que tan admirablemente ejecuta la Nilsson; en los Italianos la Albani conquista mas y mas cada noche el favor del público. Lo mismo en la *Lucia* que en el *Rigotetto*, la Albani merece este favor, que no alcanzó sino á medias en la *Sonámbula*. Se anuncian diferentes novedades en este teatro, de las cuales nos ocuparemos á su debido tiempo.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

ALTA NOCHE.

Brilla la luna en el zenit del cielo,
Derramando magnífica y sin velo
Su cascada de luz en la extension;
El viento silba, el colibrí murmura
Y oculto de la grama en la espesura,
Canta sin tregua el grillo zumbador,

La flor perfuma el trasparente espacio;
En su coche de nácar y topacio
Cruza el lucero el firmamento azul;
Y el Universo todo silencioso,
Es como un solo templo esplendoroso,
Lleno de incienso y majestad y luz.

Todo está en calma. La montaña duerme,
Y el huracan encadenado, inerme
Deja tranquilo el insondable mar.....
Solo mi corazon vela angustiado,
Solo en el fondo de mi pecho helado
No hay luz de fe ni aroma de verdad.

¡ Señor! pues que eres grande é increado,
Pasa sobre mis horas de pecado
La misteriosa esponja del perdon:
¡ Señor! pues que eres sabio, de la duda,
Mi alma que es tuya, por piedad escuda
Y llene tu verdad mi corazon.

C. ALBAN (DE COLOMBIA).

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Conclusion. — Véase el número 1,040).

Poco importará para la exactitud del paralelo que en la *Iliada* no termine la accion con la muerte de Héctor, que este no sea el raptor de Helena, ni Aquiles el esposo de esta; tales diferencias de detalle en nada afectan á la igualdad del hecho fundamental de ambas epopeyas.

A esta coincidencia puede agregarse aun la de que, si el Ramayana es un poema altamente simbólico, no deja de serlo la *Iliada*; que si aquel representa la lucha de dos civilizaciones, otro tanto se verifica en este, no careciendo tampoco el segundo del carácter religioso que atribuimos al primero.

Pero á esto se limitan las semejanzas; supéranlas en cambio las diferencias. No es solo el Ramayana representacion simbólica de la lucha de dos razas; lo es tambien de la lucha entre el bien y el mal, personificada en Rama y Ravana. No es tampoco la *Iliada* un poema sacerdotal y místico; sin negar su carácter religioso, cabe afirmar que este elemento está en ella completamente subordinado á lo heróico, y que el sentido altamente humano del genio griego priva al misticismo del imperio que alcanza en el poema indio, inspirado en una concepcion profundamente panteísta.

¿Ni cómo comparar tampoco caracteres con caracteres? ¿Qué relacion cabe entre Rama y Aquiles, Ravana y Héctor, Helena y Sita? Es Aquiles un guerrero bárbaro y despiadado, cuyo valor se funda en su cualidad de invulnerable, á quien no guia idea alguna, ni anima otro sentimiento que la ferocidad salvaje ó la sensualidad grosera. Una cuestion personal le separa del combate y le hace posponer la salvacion de la patria á las exigencias de su amor propio; un afecto personal le vuelve á la lucha, no para vencer á los enemigos de su causa, sino para vengar la muerte de su amigo. Inhumano y fiero, arrastra al rededor de los muros de Troya el sangriento cadáver de su enemigo, y ve impasible postrado ante sus plantas al venerable Priamo.

Salvo la amistad, no existe en Aquiles un sentimiento noble ni una idea grande; es un jefe de pieles rojas, mas que un héroe caballeresco y digno. Rama, por el contrario, sobre tener conciencia de su mision y luchar movido por altas ideas y sentimientos puros, es humano, generoso y honesto: muerto su enemigo, lejos de ensañarse con su cadáver, rindele al punto fúnebres honores. Rama es el tipo del guerrero humano y digno: Aquiles es simplemente un bárbaro.

En cuanto á Ravana, es inútil demostrar que en nada se asemeja á Héctor; basta la exposicion de su carácter para probarlo. Y con respecto á Sita, ¿qué tiene de comun con la pura y leal esposa del principe de Ayodhya, causa inocente de una terrible guerra, la liviana Helena, de buen grado entregada á las caricias de su raptor?

Despréndese de estas consideraciones, que si el valor estético de la *Iliada* es superior al del Ramayana, no sucede otro tanto con el valor moral. Pudiéramos decir que el Ramayana es la epopeya de la virtud; moral austera, respeto constante á la ley imperiosa del deber, hé aquí lo que respiran todas sus páginas; tipos incomparables de belleza moral son tambien la mayor parte de sus personajes, al paso que la *Iliada* nos ofrece una larga série de bárbaros ó de pérfidos, impulsados al combate por unos dioses poseidos de las peores pasiones humanas, que se destrazan en luchas intestinas y dan al mundo el triste espectáculo de todos los vicios entronizados en el Olimpo. Se dirá sin duda que las pasiones de los Dioses griegos son símbolos que encierran profundas verdades cosmológicas; pero ¿cuánta mayor pureza hallamos en los símbolos no menos admirables de la epopeya india!

Mas, si como concepcion moral y religiosa, supera sin duda el Ramayana al inmortal poema de Homero, otra cosa sucede si atendemos á su forma. Bella es, sin duda, la epopeya oriental: grandiosas son sus proporciones, atrevidos los rasgos del ingenio que la creara, exuberante y rico su lenguaje, pintorescas sus descripciones, sonoro y grandilocuente su estilo; pero es inútil buscar en ella aquella elegancia exquisita, aquella correccion estatuaría, aquella pureza de formas, aquella gracia inimitable que caracteriza á la epopeya griega.

Considerado en conjunto el Ramayana, aseméjase á aquellos colosales monumentos del Oriente en que la gallardia se sacrifica á la grandeza, la belleza á la sublimidad, lo elegante á lo inmenso. Aquella profusion de leyendas extraordinarias, de narraciones fabulosas, de descripciones pomposísimas; aquel follaje de metáforas, de imágenes, de símiles, en que se complace la imaginacion oriental; aquella colosal grandeza de los sucesos, de los personajes, del poema mismo, abruma al lector, y extraviándole entre la riqueza de los detalles, ocultan á sus ojos la belleza del conjunto. Causa el Ramayana admiracion á veces, fatiga otras, mas por casualidad engendra en el ánimo aquel sereno placer, aquella impresion gratísima que producen las elegantes creaciones del genio griego.

Es el Ramayana á la *Iliada*, lo que las cimas portentosas del Himalaya á la risueña falda del Olimpo ó del Parnaso, lo que las embravecidas olas del Océano Indico á las aguas tranquilas que bañan las riberas del Peloponeso, lo que las titánicas construcciones de Ellora á las graciosas al par que severas líneas del Partenon.

El Ramayana es lo sublime; la *Iliada*, lo bello; aquel es la grandeza, esta es la gracia y la elegancia; son ambas epopeyas formadas á imagen y semejanza de la naturaleza que rodeaba al pueblo que las engendraron, á semejanza tambien del ideal que las inspirara. Hija la una de una sociedad nacida en medio de una naturaleza grandiosamente salvaje, y educada en un panteísmo grandiosamente sombrío, es exuberante como la primera, inmensa y sublime como el segundo.

Nacida la otra en una deliciosa comarca, risueña y seductora cual si fuera obra de las gracias, creada por la raza mas profundamente humana, mas libre y mas artista que ha conocido la historia, é inspirada en una religion poética, luminoso producto de los libros hijos de las Musas, y no de una teocracia poderosa, hubo de revestir formas análogas á las del medio en que se produjo. Por eso, á pesar de ser la *Iliada* inferior al Ramayana como concepcion religiosa, moral y científica, le es inmensamente superior como concepcion poética; por eso, sin negar los méritos del poema indio, la humanidad preferirá siempre á sus mas renombradas bellezas, los seductores atractivos del poema de Homero.

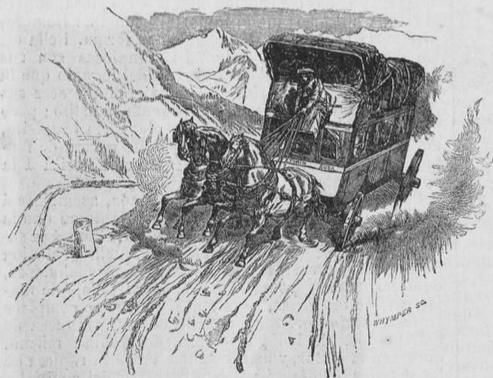
Interminable seria nuestro trabajo si ampliásemos estas consideraciones y con mayor detenimiento escudriñásemos una tras otra las innumerables bellezas del poema que hemos estudiado. Si la *Iliada* y la *Divina Comedia* necesitan, para que sus primores sean debidamente apreciados por el lector, ir acompañadas de erudito y prolijo comentario, el Ramayana, mas complejo, mas extenso y mas oscuro, necesitaria, no ya comentarios, sino volúmenes enteros de notas críticas, aclaraciones é interpretaciones de toda suerte, no solo para que fueran saboreadas sus bellezas, sino para que fuesen entendidos sus símbolos, explicadas sus leyendas y debidamente desentrañado su oculto sentido.

No es esta empresa fácil, ni aun ha sido intentada por los traductores del poema; no hemos de ser nosotros quienes la acometamos, máxime no habiendo aun traduccion española del Ramayana.

Nuestro propósito al escribir estos artículos ha sido mucho mas modesto; limitábase á llamar la atencion de las gentes cultas sobre una produccion importantísima, mas citada que leída, mas leída que estudiada, que, sobre ser altamente interesante para el literato, lo es para el historiador, para el filósofo, para el anticuario y para el crítico por los inapreciables datos que contiene acerca de la civilizacion de los antiguos indios, fuente y origen de la nuestra.

Para conseguir este objeto hemos expuesto, acaso con sobrada prolijidad, el argumento del poema, con tales dimensiones, que la lectura de dicha exposicion puede muy bien excusar de la tarea, un tanto penosa, de leer la obra á quien solo pretenda adquirir de ella un superficial conocimiento. Con igual intento hemos procurado explicar aquellos pasajes oscuros del poema que pueden encerrar un sentido oculto, de importancia para el estudio de la religion y filosofía de los indios, y desentrañar el verdadero sentido del simbolismo de la epopeya, de acuerdo siempre con las opiniones de los mas autorizados indianistas. Por último, hemos emitido nuestro humilde juicio acerca del valor literario del Ramayana, señalando á la vez sus relaciones con la epopeya clásica, y aquilatando sus méritos como notando sus defectos. Si con este trabajo conseguimos generalizar la afición hácia estos estudios, poco cultivados en España y en extremo provechosos y deleitables, daremos por bien empleados nuestros esfuerzos y juzgaremos satisfechas nuestras aspiraciones.

MANUEL DE LA REVILLA.



La diligencia del monte Cenis.



Briançon.

Los Alpes.

Tenemos á la vista una porción de relaciones de viajes al monte Pelvoux y al monte Cervino, que ofrecen los episodios mas pintorescos y dramáticos.

La comarca en cuyo centro se levantan el Pelvoux y las montañas contiguas, encierra las cumbres mas altas de Francia. Sin ofrecer la belleza de la Suiza, posee un hechizo particular, que es característico. Sus gargantas, sus torrentes, sus escarpados peñascos no tienen rivales; sus valles hondos y abruptos presentan cuadros de una grandeza extraordinaria. La montaña mas alta de esta region es la punta de los Ecrins que sigue de cerca á la aguja del Grave ó del Medge. En cuanto al monte Pelvoux, que da su nombre á la masa, levanta aislado al Oeste de Brianzon, su doble pirámide que apoyan unos contrafuertes tambien piramidales. El inglés M. Whymper, autor de las relaciones á que nos referimos, hizo la ascension á ese monte en 1861, y fué su punto de partida para las demás exploraciones que practicó en los Alpes.



Idiota de las montañas.

Deseo entonces de extender el círculo de sus conocimientos, se dirigió hacia el monte Cervino, atraído por la grandeza del gigante del Valais, considerado como el mas inaccesible de todos los montes, aun por los montañeses que conoían las mas altas cumbres. El monte Cervino tiene 4,482 metros de altura y se eleva casi á pico por una série de cuestas. Su cima domina á 1,500 metros los ventisqueros del contorno.

Seis veces consecutivas M. Whymper intentó la ascension á ese pico donde no se habia posado aun la planta humana;



Paso de Bergschrunft del Diente Blanco.

pero siempre en vano, y hubo de volverse á Londres vencido, mas no desanimado. Como el jugador que pierde sin cesar y se obstina en buscar fortuna, si pareció ceder momentáneamente, fué para combinar nuevos planes y esfuerzos á fin de conseguir la victoria. La hora de su triunfo llegó en 1865, el 14 de julio. Con efecto, el 13 se puso en marcha y el 14 al medio dia tenia ganada la batalla; la primera bandera ondeaba en la cresta del monte Cervino, y M. Whymper podia admirar el soberbio espectáculo que tenia á la vista.

« La atmósfera, dice el osado viajero, no estaba alterada en su serenidad por ninguna nube, por el vapor mas leve. Los montes situados á setenta y á cien kilómetros de distancia, se veían con tal claridad que parecían hallarse al alcance de la mano: observábamos todos sus detalles, sus agudas aristas, sus cuestas abruptas, sus nieves immaculadas, sus brillantes ventisqueros. Aquellos cuyas formas nos eran familiares evocaban en nuestra memoria los felices recuerdos de nuestras correrías de los años anteriores. Ni uno siquiera de los grandes picos de los Alpes, estaba oculto á nuestros ojos...»

No podemos seguir al autor en sus descripciones; pero en cambio damos á nuestros lectores una série de dibujos que harán comprender todo el interés que presentan estos cuadros de las excursiones de M. Whymper por los Alpes.



Lucas Meynet, portador de tiendas.

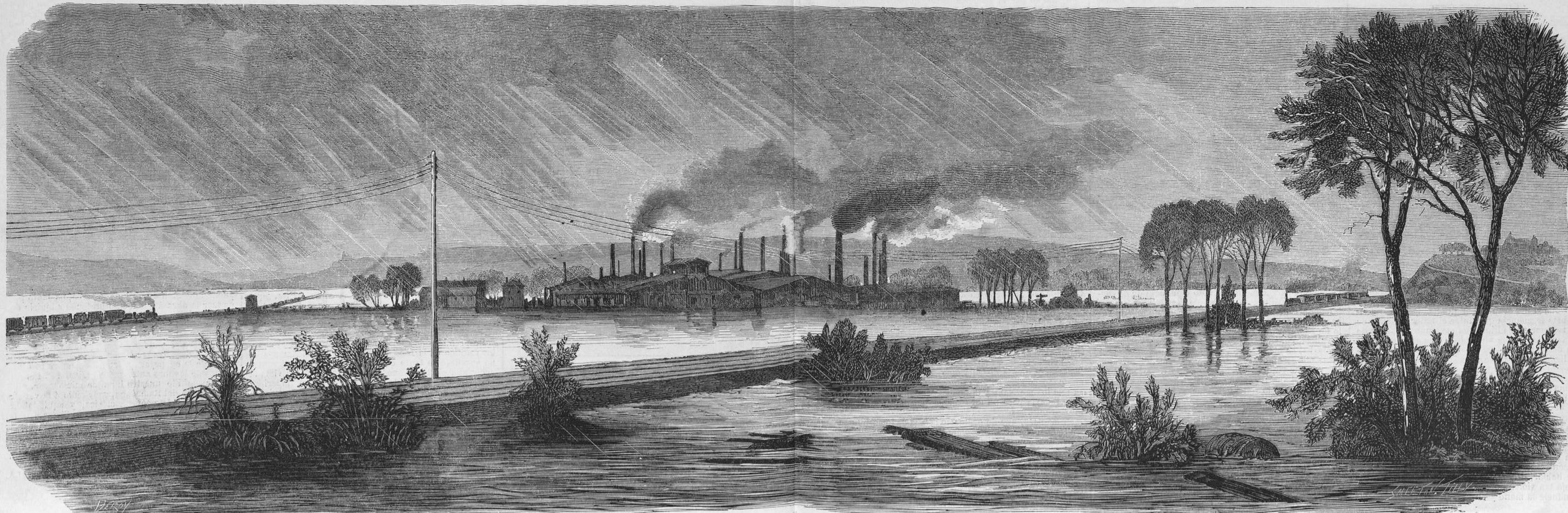
Las inundaciones.

El número de los países inundados en Francia es desgraciadamente tan considerable, que nos es fácil elegir para dar á nuestros lectores un recuerdo del periodo calamitoso que atravesamos.

La inundacion que representa nuestra lámina ha



Un pasadizo de nieve.



INUNDACIONES EN FRANCIA. — El valle de Montataire, en la confluencia del Oise y del Therain.

tenido efecto en la confluencia del Oise y del Therain, río encajonado muy peligroso que pasa por Beauvais. En el valle del Therain existen establecimientos industriales paralizados hoy por los caprichos de esa terrible corriente.

Las aguas amenazan á la línea férrea del Norte que pasa por una altura cuya cresta parece á punto de ser sumergida. Diríase que la locomotora atraviesa ya un terreno anegado, lo cual no sería imposible, con tal de que el agua no se elevara bastante para apagar los fuegos; pero esto ofrecería grandes peligros.

Aunque el Sena amenaza salir de su cauce, no tenemos que temer, en 1872, ninguno de los desastres que habrían alligido á la capital hace un siglo, en el mismo caso. Las precauciones tomadas por los ingenieros no han sido suficientes; pero las obras hechas en el alto Sena y en la travesía de Paris han prestado incalculables servicios. Esos magníficos muelles cuya primera idea pertenece á Luis XIV y que solo la revolución francesa podía ejecutar en una escala suficiente, nos han protegido del pánico de las inundaciones.

Antiguamente eran temibles, no solo los caprichos del Sena, sino los del Bièvre; á veces había que embarcarse para transitar por muchos de los barrios de la capital. Verdad es que los parisienses, patriotas hasta en las tinieblas de la edad media, acogían con transportes de júbilo las crecidas furiosas que arrancaban los puentes de su noble río. Era cuando el Sena embavecido ahogaba á los normandos que á fines del siglo IX tuvieron que levantar el sitio glorioso tan bien celebrado por el cronista Abbon, el monge Guerrero, discípulo del obispo Gosselin.

Este año las inundaciones tan generales parecen resultado de alguna causa astronómica. En las regiones celestes es donde verosimilmente debe buscarse la causa de lluvias tan continuas. Los brillantes meteoros que se han visto desde Dublin hasta Roma y desde Burdeos hasta Ginebra, parecen haber producido esas perturbaciones.

M. Alejandro Herschell, tercer representante de la gloriosa dinastía astronómica fundada por el maestro de capilla del rey de Hanover, ha venido quizá á darnos la explicación racional de esas extrañas perturbaciones, cuando ha demostrado que nuestro globo ha sido bastante torpe para chocar con el cometa de Biela, de húmeda memoria.

W. DE F.

Cuentos de Hoffmann.

LA SEÑORA DE SCÚDERI.

(Continuación. — Véase el número 1,040).

Las palabras del extranjero me causaron tan honda impresión, que desde entonces me fué insostenible mi permanencia en Ginebra, por lo cual rompí el contrato que me ligaba á mi maestro, y me vine á Paris. René Cardillac me recibió con un aire y frío y receloso: yo no me asusté por eso; antes por el contrario, le rogué que me encomendase alguna obra por insignificante que fuera, y conseguí que me encargase una sortija. Cuando se la llevé me miró con unos ojos de fuego, como queriendo leer en el fondo de mi corazón, y me dijo:

— Eres todo un artífice; cuando quieras puedes venir á ayudarme en mis trabajos, y te pagaré bien; descuida, que quedarás contento mí.

Hacia ya algunas semanas que estaba en su casa, y no había visto aun á su hija Magdalena, la que, si no me engaño, se hallaba en el campo con una prima suya; por fin la vi. ¡Oh! ¡Dios mío, qué fué lo que me sucedió al ver aquel rostro de ángel! Nadie en el mundo ha amado tanto como yo, y ahora... ¡Oh! ¡Magdalena!

El dolor ahogó la voz de Oliverio; colocó sus manos en el rostro, y sollozó violentamente. En fin, dominando el dolor que le agobiaba, continuó:

— Magdalena me miraba con aire bondadoso; visitaba con mas frecuencia que antes el taller, y lleno de alegría reconocí por último que me amaba. A pesar de la rigida vigilancia de su padre, mas de un furtivo apretón de mano fué para nosotros la señal de nuestra inteligencia. Cardillac parecía no haber notado nada, y yo pensaba así que me hubiese granjeado su afecto completamente y conseguido lo necesario para poner una tienda, pedirle la mano de su hija. Una mañana en que iba yo á empezar mi trabajo, se colocó delante de mí y me lanzó una mirada sombría llena de cólera y desprecio.

— Ya no necesito mas de tu ayuda, me dijo; sal de aquí al momento y no vuelvas á presentarte ante mi vista: no tengo necesidad de decirte la razón que tengo para obrar así. ¡Pobre diablo! los dulces frutos que tú contemplabas están demasiado altos para tí.

Quise hablar, pero me cogió con su robusta mano y me arrojó tan violentamente desde la puerta, que caí lastimándome la mano y un brazo,

Lleno de sentimiento y de una agitación inexplicable me alejé de aquella casa, y encontré en un rincón del barrio de San Martín á un honrado jóven amigo mío, que me ofreció un asilo en su guardilla. Desde aquel momento perdí mi paz y mi reposo: durante la noche me deslizaba por enfrente de la casa de Cardillac, con la esperanza de que Magdalena oiría mis suspiros y mis quejas, y saldría quizás á la ventana á hablarme sin ser vista. Mil planes temerarios acariciaba en mi locura, y pensaba ponerme de acuerdo con ella para realizarlos. En la calle de San Nicasio y junto á la casa de Cardillac hay un alto muro con varios nichos y estatuas medio mutiladas. Una noche me hallaba yo al pie de una de ellas, mirando con avidez á las ventanas de la casa de mi maestro, y de repente noto luz en su taller; á todo esto era ya media noche, y recordé que Cardillac no velaba jamás, antes por el contrario, acostumbra acostarse á las nueve en punto. Lleno de inquietud por aquella novedad, advertí que la luz desaparece, y me apoyo contra la estatua, queriendo ocultarme en el fondo de si nicho, pero siento con asombro que el pedestal retrocede, impelido por un movimiento contrario al mío, como si la estatua se animase, y á favor de un tibio rayo de luna miro girar lentamente el pedestal y aparecer detrás de la estatua un bulto misterioso que se adelanta con paso ligero por la calle: en el acto la estatua giró de nuevo, quedando como antes inmóvil y adherida al muro. Arrastrado á mi pesar por un poder invisible, me deslicé detrás de aquel hombre que llegó al pie de la imagen de una Virgen, alumbrada por una lámpara que ardía noche y día. ¡Pero cuál fué mi asombro al reconocer á su débil luz el rostro de Cardillac!... Una ansiedad inexplicable, un terror secreto se apoderó de mí, y dominado por una especie de encanto, camino detrás de aquella sombra nocturna, de aquel sonámbulo, porque tal juzgué entonces á mi maestro. A pocos pasos reparo que este se oculta en el zaguan de una casa. ¿Qué iría á hacer? Hé aquí lo que me preguntaba á mi mismo lleno de sorpresa, y pegándome para no ser visto contra la pared. Trascurren algunos minutos, y un hombre con sombrero de plumas y relucientes y sonoras espuelas llega cantando; pero con la misma furia que el tigre se lanza sobre su presa, Cardillac se arroja instantáneamente sobre el caballero, que en el acto cae gimiendo en tierra. Yo acudo lanzando un grito de terror, y hallo á Cardillac inclinado sobre el cuerpo inanimado de aquel infeliz.

— Maestro Cardillac, exclamé en alta voz; ¿qué haceis?

— ¡Maldición! repuso Cardillac, rugiendo de cólera y desapareciendo á mi vista con la rapidez del relámpago.

Fuera de mí, me aproximé al cadáver, arrodillándome junto á él por ver si había medio alguno de salvar aun á aquel desgraciado; pero no daba ni la menor señal de vida. En medio de mi angustia apenas advertí que la guardia municipal me rodea.

— ¡Todavía otro infeliz asésinado por esos foragidos! ¡Eh! jóven, ¿qué haces ahí? ¿Eres acaso de la cuadrilla! Vamos, anda.

Y dirigiéndome estas palabras, se apoderaron de mí. Apenas me sentí con fuerzas para decirles que yo era incapaz de cometer una atrocidad semejante, y rogarles que me dejaran ir en paz. Uno de ellos me puso la linterna en los ojos, y exclamó sonriendo:

— Es Oliverio Brusson, el aprendiz del honrado René Cardillac. ¿Os parece que se entretendrá en matar la gente por las calles?

— Veamos, veamos.

— Los malvados no acostumbran á quedarse junto al cadáver para dar lugar á que los ahorquen.

— Vamos, jóven, refiérenos lo que ha pasado; habla sin miedo.

— Un hombre, les dije, se ha lanzado sobre este infeliz y le ha derribado en tierra en el momento mismo en que yo daba un grito: acérqueme por si era posible todavía salvar á la víctima.

— No, hijo mío, exclamó uno de los que acababan de levantar el cadáver; ha recibido la puñalada de costumbre.

— ¡Por vida del diablo! replicó otro; tambien hemos llegado como antes de ayer.

Y se alejaron llevándose el cadáver.

No puedo explicaros lo que experimenté en aquel momento; parecíame haber sido el juguete de un sueño cruel. ¡Cardillac, el padre de Magdalena, era un infame asesino! Esta idea me hizo caer sin fuerzas sobre las gradas de un portal. Amaneció, y vi en el suelo un sombrero de plumas junto á mí: el crimen de Cardillac, cometido en el mismo sitio en que me encontraba, se me presentó de nuevo, y me alejé al punto de allí con horror. Enteramente turbado y privado, por decirlo así, hasta del sentimiento de mi existencia, me hallaba en una guardilla cuando se abrió la puerta y apareció René Cardillac.

— En nombre del cielo, le dije, ¿qué quereis de mí?...

El, sin hacer caso de estas palabras, se adelanta sonriendo con calma y con una expresión de beatitud que aumentó todavía mas mi terror. Toma un banquillo viejo y se sienta á mi lado, porque yo me sentía sin fuerza para levantarme del jergon de paja sobre el cual me hallaba recostado.

— Y bien, Oliverio, ¿cómo estás, pobre muchacho? Confieso que anduve sobradamente precipitado en echarte de mi casa, porque para todo me haces mu-

chísima falta. Ahora mismo tengo encomendado una obra que no me es posible concluir sin tu ayuda: si quisieses volver á mi taller... Vamos, ¿qué dices? ¿no me respondes? Ya lo entiendo, mi conducta te ha ofendido; es verdad que yo me irrité por tus obsequios á Magdalena, pero despues que lo he reflexionado bien, he comprendido que merced á tu fidelidad, á tu celo y á tu rara habilidad en el arte, no puedo encontrar mejor yerno que tú. Conque, vuélvete á mi casa y hazte digno de obtener la mano de Magdalena.

Las palabras de Cardillac me traspasaban el corazón: me hallaba espantado de tanta perfidia, y no podía pronunciar una sola palabra.

— ¿Con que dudas, exclamó mi maestro con voz penetrante y clavando en mí sus ojos de fuego. ¿No puedes venir hoy á mi casa?... ¿Tendrás quizás otros negocios? ¿Alguna visita á Desgrais ó á d'Argenson ó la Reine? Ten cuidado, muchacho, que los garfios que vas á poner en movimiento no se apoderen de tí mismo y te destruyen!

Mi indignación, penosamente contenida, estalló en aquel momento, y exclamé:

— ¡Cuánto temen los nombres que acabais de pronunciar los que se reconocen culpados de un horrible delito! Lo que es yo nada tengo que hablar con esas personas.

— A decir verdad, repuso Cardillac, tú ganas bastante honra en trabajar conmigo, con el mas célebre joyero de su época, que goza de semejante aprecio y consideración por su honradez y probidad, y al que si intentaran calumniarle, la calumnia caería sobre el que fuese osado á formularla. En cuanto á Magdalena, debo confesarte que solo á ella eres deudor de mi condescendencia; te ama mas de lo que nunca hubiera creído capaz á la pobre niña. Desde que saliste de casa se arrojó á mis piés y se abrazó á mis rodillas, declarándome, anegada en lágrimas, que no podía vivir sin tí; yo supuse que ella se figuraría esto como todas las muchachas enamoradas; pero mi pobre Magdalena cayó enferma, y cuando trataba de reconvenirla por su locura, me repetía cien veces tu nombre. ¿Qué hacer entonces? Yo no estaba en el caso de desesperarla; por tanto, anoche la dije que consentía en todo, y que vendría hoy mismo á buscarte. Esta noche se ha abierto como una rosa en el vergel, y te espera con la mayor impaciencia.

¡Que el poder de Dios me perdone! No sé cómo sucedió, pero es lo cierto que me encontré de repente en la casa de Cardillac, que Magdalena corrió hácia mí estrechándome entre sus brazos y contra su corazón, exclamando con el acento de la mas loca alegría:

— ¡Oliverio, Oliverio, amante mío, esposo mío!

Y que yo, en el exceso del entusiasmo, juré por la Virgen y todos los santos no separarme nunca de su lado.

Agobiado por el recuerdo de aquel inolvidable momento, Oliverio se detuvo. La señora de Scúderi, horrorizada al saber la perversidad del hombre que hasta entonces habia considerado como la honradez misma, exclamó:

— ¡Qué horroroso descubrimiento! ¡Cómo! ¿René Cardillac pertenecía á esa cuadrilla de infames que ha convertido durante tanto tiempo á nuestra ciudad en una caverna de asesinos?

— ¿Qué estais diciendo, señora? Esa cuadrilla de que hablais no ha existido jamás! Era Cardillac solo el que en su espantosa actividad buscaba y hallaba en todas partes sus victimas; precisamente porque era solo ejecutaba con mayor seguridad sus atentados, y nadie ha podido dar con las huellas del asesino. Pero permitidme seguir, porque la continuación de mi relato os acabará de revelar los secretos del mas culpable y del mas desgraciado de los hombres. Fácil es figurarse la angustiosa situación en que me encontraba en casa de mi maestro, porque dado ya el primer paso, no me era posible retroceder; sin embargo, á veces me parecía haberme convertido en cómplice de Cardillac, y solo el inmenso amor de Magdalena podía mitigar el dolor que me atormentaba y disipar un tanto el rigor de mis indecibles angustias.

Cuando yo trabajaba con el viejo en su taller, no me atrevía ni á mirarle ni á pronunciar una sola palabra, tal era el horror que me inspiraba el aspecto de aquel hombre que llenaba los deberes de un tierno padre y un ciudadano honrado durante el día, mientras que por la noche se entregaba á sus espantosos delitos. Magdalena, aquella piadosa y angelical niña, le amaba con una especie de idolatría; pero mi corazón se desolaba con la idea de que si la venganza divina desenmascaraba á aquel infame, la pobre niña moriría de desesperación. Esta sola idea hubiera sellado mis labios, aun cuando hubiese debido expiar mi silencio en un cadalso. Aunque lo que oía hablar á los soldados de la guardia municipal me hubiese hecho conocer algo de los crímenes de Cardillac, la causa que los motivaba y el modo con que los ejecutaba eran todavía para mí un enigma que se me descifró muy pronto.

Mi maestro, que de ordinario estaba de buen humor trabajando y se reía y bromeaba, mostróse sombrío y concentrado en sí mismo: de repente arroja con tanta fuerza las joyas que estaba montando, que los diamantes y las perlas rodaron por el suelo; alzóse bruscamente, y me dijo:

— Oliverio, esta situación no puede prolongarse por mas tiempo, y me es insostenible; la casualidad te ha hecho dueño del secreto, que ni la fina astucia

de Desgrais ni sus agentes han podido descubrir: me has sorprendido ocupado en esa obra nocturna á la cual me arrastra mi estrella, sin que me sea dado resistir: tu mala suerte te indujo á seguirme, te envolvió en un velo impenetrable y dió á tus pasos una ligereza tal, que yo, con unos ojos como los del tigre que desafían las sombras de la noche mas profunda, con un oído que distingo en las calles el menor ruido hasta el callado vuelo de un insecto, no te senti. En la situación en que te encuentras no puedes venderme, y vas por tanto á saberlo todo.

— No, jamás, iba á responderle; ¡jamás seré tu cómplice, malvado! Pero la agitación que me produjeron las palabras de Cardillac, me hizo enmudecer, y en vez de una protesta, solo se escapó de mi boca un sonido inarticulado.

Cardillac se sentó de nuevo en el taburete de su taller, enjugándose el copioso sudor que bañaba su frente. Parecía hallarse dolorosamente conmovido por los recuerdos de lo pasado, y le costó bastante trabajo el dominarse un tanto. Por fin, empezó de este modo:.

— Los hombres de la ciencia hablan mucho de las impresiones que asaltan á las mujeres en cinta, y de la influencia sorprendente que esas involuntarias impresiones ejercen sobre el ser que lleva en su seno. Háseme referido una cosa ciertamente prodigiosa que le sucedió á mi madre en los primeros meses de su embarazo. Asistía con otras mujeres á una fiesta brillante que daba la corte en Trianon, y sus ojos se clavaron en un hombre vestido á la española y que llevaba al cuello una hermosa cadena de diamantes, de la que, sin saber la razón, no podía apartar su vista. Todos sus pensamientos fueron absorbidos por un solo deseo, el de obtener aquellas magníficas piedras, que le parecían un bien sobrenatural. Algunos años antes, siendo mi madre todavía soltera, había aquel caballero intentado corromper su virtud, pero ella le había rechazado con desprecio; sin embargo, aquel día mi madre le reconoció, y fascinada por el esplendor de sus diamantes, figurósele un ser de una naturaleza superior, el bello ideal de la belleza. El caballero notó las miradas ardientes y apasionadas de mi madre, y calculando que aquella vez sería mas dichoso, se atrevió á acercarse á ella y á llevársela á un lugar separado, lejos de las amigas que la rodeaban. Allí él la estrechó con ardor entre sus brazos, y mi madre llevó su mano á la magnífica cadena; pero en aquel momento mismo el caballero cayó desplomado, arrastrando á mi madre en su caída. Sea que él hubiese sido atacado de repente de un derrame de sangre ó por cualquiera otra causa, el hecho es que cayó muerto. En vano mi madre se esforzó por desasirse de los brazos del cadáver, alterado con las convulsiones de la muerte, y cuyos ojos apagados estaban todavía fijos en ella. A sus gritos acudieron sus compañeras en su socorro, y la libertaron de aquel horrible accidente.

El terror que esta escena le produjo la ocasionó una aguda enfermedad, para la cual creyeron que no había salvación ni para ella ni para mí; pero contra todas las probabilidades, su alumbramiento fué bastante feliz. No obstante, la impresión de aquel suceso había llegado hasta mí, y mi negra estrella me mostraba los fatídicos resplandores y chispas de luz que debían encender en mi corazón una de las mas extrañas y fatales pasiones: así que, desde mi infancia, el oro y los diamantes tenían para mí un atractivo mágico. Consideré esta predilección como una de esas inclinaciones tan comunes en los niños; pero mas tarde se fué graduando hasta el extremo de robar oro y alhajas donde quiera que lo encontraba. Como el inteligente mas ejercitado, distinguía por instinto las piedras falsas de las verdaderas, excitando solo estas mi deseo y guardándome bien de tocar á las otras ni al oro acunado. Las correcciones crueles que me impuso mi padre consiguieron corregirme de aquella mala costumbre; pero entonces, á fin de tener continuamente entre mis manos oro y piedras preciosas, me hice joyero y me consagré á mi arte con tanta pasión, que llegué á ser muy en breve el primer artista de mi clase. Aquí empieza una época en que mi inclinación innata y por largo tiempo sofocada estalla violentamente y devora por sus propias fuerzas todo lo que pudiera servirle de obstáculo.

Desde el momento en que acababa y entregaba á su dueño un aderezo, experimentaba una inquietud y un dolor tal, que me robaba el sueño, la salud y la alegría. Noche y día veía alzarse á mis ojos como un espectro á la persona para quien yo había trabajado; llevaba el aderezo obra de mis manos, y me gritaba al oído:

— ¡Es tuyo, es tuyo! arráncale esas joyas, porque los muertos no las necesitan.

Empecé á adiestrarme en el robo, y como tenía acceso en las casas mas ricas, aprovechaba la menor ocasión. No había cerradura que se resistiese á mi destreza, y gracias á ella, en breve me apoderé de todos los diamantes que había montado. Pero esta conquista no disminuía mi ansiedad: una voz fatal resonaba incesantemente en mis oídos, y me decía: — ¡Oh, la muerte lleva tus alhajas!

No sé cómo sucedió, pero yo empecé á cobrar un odio profundo á todas las personas que me encargaban algun trabajo, tanto que en el fondo de mi corazón sentía contra ellos un furor sanguinario que me horrorizaba. Entonces compré esta casa, y el día en que cerré mi contrato con el propietario, nos hallába-

mos los dos solos en este mismo cuarto, apurando una botella de vino, cuando aquel me dijo:

— Maestro René, antes de separarnos debo revelaros los secretos que hay en vuestra casa.

Y diciendo, abrió un armario practicado en el muro, hizo hundirse la pared del fondo, y nos encontramos en un pequeño aposento en el que había una trampa: alzola, y bajamos por una escalera estrecha que nos condujo hasta una pequeña puerta que giró sobre su gozne y nos dió paso hasta el patio. El propietario adelantóse entonces hasta la pared, apretó un boton de hierro que sobresalía un poco de ella á cuya presión abrióse un pedazo de pared, ofreciendo un hueco bastante ancho para que pudiese salir por él una persona á la calle. Yo te enseñaré un día ese curioso secreto, ejecutado sin duda por los sagaces frailes del antiguo convento que existía en este sitio, y del cual se servirían sin duda para sus excursiones nocturnas: consiste en un tablado de madera cubierto por la parte exterior de mortero y cal, en la cual han colocado una estatua tambien de madera, imitando piedra, todo lo cual se mueve por medio de goznes ocultos.

A la vista de este ingenioso mecanismo se apoderaron de mí los mas extraños pensamientos: parecióme que aquel aparato había sido preparado para ayudarme en las tentativas de que yo mismo no acertaba á darme cuenta. En aquellos días acababa de entregar á un gran señor un aderezo destinado á una bailarina de la Opera; la sombra despiadada de la muerte no me dejaba: el espectro estaba incesantemente pegado á mí, y la voz del infierno resonaba sin cesar en mis oídos. Vine á establecerme á esta casa; agitado por la fiebre, bañado de un sudor frio, luché con el insomnio, y una vision ofrece á mis ojos aquel hombre deslizándose con sus diamantes á casa de la bailarina. Arrebatado de coraje, me levanto, me envuelvo en mi capa, me precipito por la escalera secreta y salgo por la abertura á la calle de San Nicasio. Llega el caballero, me lanzo sobre él, quiere gritar, pero sujetándole por detrás con mano vigorosa, hundo mi puñal en su corazón, y los diamantes son míos.

Realizado este acto sangriento, experimento un reposo, un bienestar interior, como no lo había experimentado jamás. Mi fantasma había desaparecido, la voz de Satanás dejó de zumbir en mis oídos, y comprendí entonces á lo que me arrastraba mi estrella; si, era necesario ceder ó sucumbir. Oliverio, ya conoces ahora el secreto de mi vida; pero no creas por eso que al ceder á una impresión á la cual no me es dado resistir, he abdicado todo sentimiento de piedad y de compasión. Bien sabes cuánto me cuesta entregar un aderezo, cómo me niego á trabajar para aquellos que no quiero que mueran. Frecuentemente tambien, aunque solo la sangre conjura los espectros que me persiguen, me contento con aturdir de un puñetazo al poseedor de mis alhajas, y robárselas.

Así que hubo concluido su confesion, Cardillac me condujo á un subterráneo oculto á las miradas de todos, y me enseñó su tesoro. El rey no lo tiene mejor. Sobre cada aderezo estaba colocado un pequeño billete con el nombre de la persona que lo había mandado hacer y con la fecha en que se le había arrancado por robo ó asesinato.

— El día de tu casamiento, añadió Cardillac con voz sombría y solemne, me jurarás sobre un crucifijo aniquilar todas estas riquezas por medio de un procedimiento que yo te enseñaré. Despues de mi muerte no quiero que nadie en el mundo y sobre todo Magdalena y tú poseáis esas joyas empapadas en sangre.

Encerrado en este laberinto del crimen, torturado á la vez por el amor y la indignación, por un sentimiento de felicidad y de terror, me figuraba ser un condenado al que un ángel sonríe, mientras que Satán le tiene sujeto, y para quien la sonrisa celeste del ángel, en la cual se reflejan todas las eternas bienaventuranzas, es el mas horroroso tormento; pero ¿y Magdalena?... Señora, condenad, condenad mi debilidad; no pude resistir una pasión que me arrastraba al crimen; pero la cuchilla del verdugo me hará expiar mi debilidad.

Un día Cardillac entró en su casa mas alegre que de costumbre; habló tiernamente á su Magdalena, echóme una cariñosa mirada, y se sentó á la mesa á vaciar una botella de buen vino, cosa que solo verificaba los días de gran fiesta; su alegría era tal, que se puso á cantar: Magdalena se separó de nosotros, y yo quería volverme al taller.

— Nada de eso, muchacho, exclamó mi maestro; bebamos á la salud de la mas noble y digna señora de Paris.

Despues que hube brindado con él y que vació su vaso, me dijo:

— ¿Qué opinas, Oliverio, de este pensamiento?

El amante que teme á los ladrones
No es digno de ser amado.

Entonces me refirió lo que había ocurrido en casa de madama de Maintenon entre vos y el rey, añadiendo que os había siempre respetado mas que á nadie en el mundo. Díjome que vuestras nobles cualidades destruían de tal modo la influencia de su estrella, que estaba seguro de veros llevar los mejores diamantes sin ser perseguido por sus fantasmas, sin concebir la menor idea de asesinato.

— Escucha, Oliverio, lo que he resuelto, me dijo

entonces. Hace mucho tiempo que yo debía hacer un collar y unos brazaletes para Enriqueta de Inglaterra, poniendo yo mismo los brillantes: como este trabajo es el mas delicado que haya hecho jamás, mi corazón se llena de angustia cuando pienso que me será preciso separarme de ese aderezo que es mi mayor tesoro. Ya sabes la muerte fatal de la princesa; pues bien, le he conservado y quiero enviárselo á la señora de Scúderi en nombre de la cuadrilla perseguida, como un testimonio de mi profundo respeto y reconocimiento. Además, al hacer esta magnífica ofrenda, tendré el gusto de burlarme de Desgrais y de sus arqueos como se merece. Tú llevarás este aderezo.

Desde que Cardillac pronunció vuestro nombre, parecióme que me veía libre de un tupido velo: las frescas y risueñas imágenes de mi feliz infancia se representaron á mis ojos con los mas vivos colores: sentí que el mas dulce consuelo penetraba en mi alma; brilló para mí un rayo de esperanza, ante el cual huían todos los espíritus infernales. Cardillac notó la impresión que me produjo vuestro nombre, y la interpretó á su modo.

— Vamos, me parece que te gusta mi proyecto: te confieso que al concebirlo, he obedecido á una voz interior, muy distinta por cierto de aquella que me aconseja sin cesar la efusion de sangre.

De vez en cuando experimento una agitación extraña, una inquietud imposible de explicar, el temor de algun espantoso suceso. Me parece en esos momentos que los crímenes cometidos por la influencia de mi maldita estrella, han de ser imputados á mi alma inmortal, que no ha tomado sin embargo en ellos parte alguna.

En una de esas horas de angustia resolví hacer una rica corona de diamantes para la Virgen de la iglesia de San Eustaquio; pero siempre que emprendía la obra sentía redoblar esa ansiedad indefinible, y concluía por renunciar á mi idea. Ahora me parece que enviando á la señora de Scúderi las mas preciosas piedras que he montado en toda mi vida, tributo un homenaje á la virtud y á la piedad, á invocó de este modo el amparo de una patrona poderosa.

Cardillac conocía perfectamente, señora, vuestro método de vida, por lo cual me indicó el modo y la hora en que yo debía presentarme en vuestra casa para entregaros las alhajas que encerró dentro de una preciosa cajita. Yo estaba loco de alegría, porque el cielo mismo me proporcionaba por la mediación de aquel malvado, un camino para escapar de aquel infierno, donde yo me desesperaba como un condenado. Mi pensamiento era este: quería, á pesar de las instancias de Cardillac, llegar hasta vos, arrojarle á vuestros piés, y como vuestro hijo adoptivo, revelároslo todo.

Compadecida de la irreparable desgracia á que hubiera condenado á la inocente Magdalena el descubrimiento de este secreto, lo hubiérais guardado; pero al mismo tiempo vuestro noble y profundo talento hubiera discurrido sin duda algun medio infalible de poner coto á las maldades de Cardillac sin necesidad de recurrir al escándalo. No me preguntéis cuáles hubieran sido esos medios, porque lo ignoro; pero que vos debiais salvarme, lo mismo que á la pobre Magdalena, era para mí una convicción tan fuertemente arraigada en mi alma, como mi fe en el favor de la Virgen.

(Se continuará.)

La ruleta de la calle de Scribe en Paris.

La policía acaba de sorprender otra casa de juego clandestino, y esta vez no ha sido en un barrio excéntrico, en el fondo de alguna casa aislada, sino en el corazón de Paris, en uno de los barrios mas ricos y frecuentados de la capital, el de la Nueva Opera, en la *Taverne* inglesa, calle de Scribe, número 2.

Con efecto, en el primer piso de esta casa habían establecido una ruleta que funcionaba regularmente. ¿Cuánto tiempo hacia? Esto es lo que no podría decirse; pues los concurrentes no se han explicado sobre este punto.

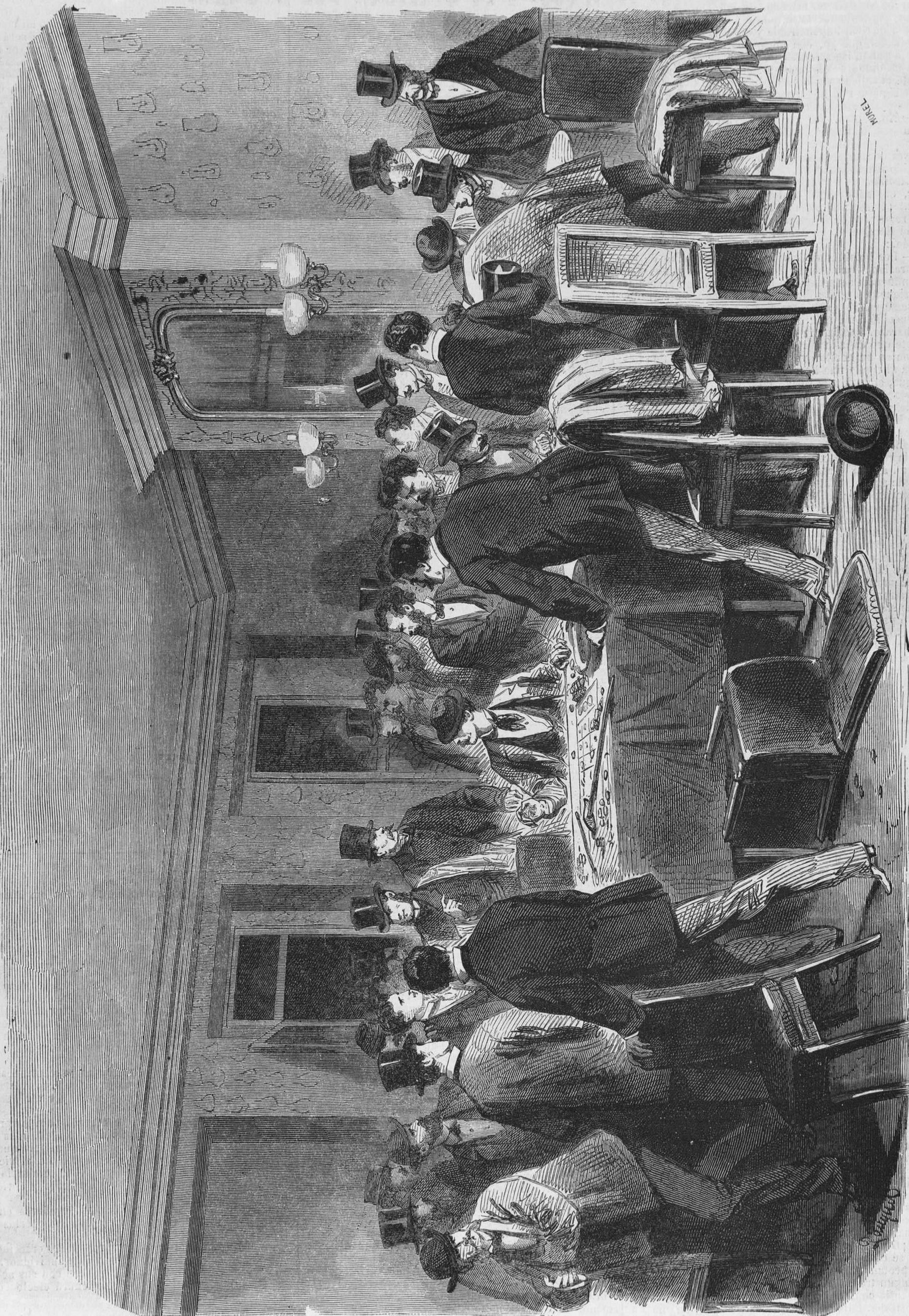
Sea como quiera, no obstante las precauciones tomadas para disimular la existencia de esta ruleta, la policía tuvo sospechas, vigiló y acabó por ver y saber lo que pasaba.

Una vez conocido el local se arregló para sorprender á los jugadores, lo cual no es cosa fácil, pues tienen sus centinelas siempre alerta. Lo primero que se hizo fué sorprender al mozo que se hallaba al pié de la escalera, y sin perder un segundo, el comisario seguido de los agentes, subió rápidamente y abrió la puerta del garito.

Terrible fué la tal aparición: los jugadores en el colmo del espanto quieren huir; pero las puertas estaban bien guardadas.

Preciso fué declarar los nombres; todos eran ingleses ó americanos y había unos veinte individuos. Se embargaron los muebles y el banquero con sus acólitos fué á la cárcel. El último acto tendrá efecto en la sala de la policía correccional.

C.



PARIS. — La ruleta de la calle de Scribe, sorprendida por la policia.

IDIARIOS APLICADOS A LA REALIDAD, POR M. WORMS.



Galatea.



Ruth.



Dafnis y Cloe.



Filemon y Baucis.

Memorias de un criado.

EL MARIDO DE LA SEÑORITA SHUM.

(Continuacion. — Véase el N.º 1,040).

Sentados á la mesa, no tardó mucho en trabarse una conversacion animada entre los dos convidados, pues cada uno lo fué á su vez.

Mi honorable amo se extasió ante el exquisito gusto de Dakins, admirando sus muebles, sus conocimientos clásicos, el corte de sus trajes y el talento para la flauta. Cuando ofreció á su huésped presentarle al duque de Doncastre, el infortunado pollo se quedó hechizado. ¡Pobre mozalvete! Si su ingenuidad no me hiciese reír tanto, le respetaría. Me consta de buena tinta que aquel mismo día estuvo en casa del sastre á mandarse confeccionar un traje completo para hacer su entrada en el mundo aristocrático.

La conversacion empezó á languidecer, cuando Ricardo Blewitt se anunció abriendo la puerta con un soberano puntapié.

— Tom, viejo mio, ¿cómo vas desde esta mañana? gritó desafortadamente.

En este instante vió á su colega: alargó descomunadamente sus quijadas, y sus mejillas se pusieron pálidas primero, encarnadas despues, y á lo último, amarrotadas.

— ¡Hola! ¡Buenos días, mi querido Blewitt! Precisamente hablábamos de vos en este momento, y nuestro amable vecino nos hacia un gran panegirico vuestro, dijo Cinqpoints con una sonrisa y un gesto excesivamente afables.

Blewitt se dejó caer sobre una butaca, sin ocultar su mal humor. Se trataba de saber cuál de los dos tendria que dejar el puesto, y mi amo era para Blewitt un rival muy formidable. Inquieto, mal humorado, silencioso, abandonó el campo á su cofrade, quien se mostró entonces lleno de verbosidad y gracia; tanto que el recién venido abandonó en seguida la partida, pretextando sufrir un fuerte dolor de cabeza. Apenas salió, Cinqpoints le ofreció el brazo, obligándole á entrar en su cuarto.

A pesar de la exquisita política empleada por mi amo al darse el parabien por haber entrado en relaciones con su vecino, Blewitt no parecia dispuesto de manera alguna á dejarse engatusar. Por último, en el momento que Cinqpoints empezaba á contar una historia á propósito del eterno duque de Doncastre, le interrumpió Blewitt diciéndole:

— ¡El diablo os lleve y á vuestros duques tambien! Vamos, vamos, he comprendido la causa de vuestra repentina amabilidad... ¡Querriais desplumar al pobre diablo de Dakins! Pero ¡por cien mil diablos! he de desbaratar vuestro juego... Guardaos vuestros amigos y dejadme los míos.

— Y yo os conozco tan perfectamente como vos podeis conocerme, replicó mi amo sin levantar la voz; petardista de baja estofa, sois un truhan de primer orden. Os aconsejo, pues, que no habéis alto; además de que eso es de muy mal tono, me obligaríais á abofetearos.

— ¡Ira de Dios! gritó Blewitt.

— A abofetearos en público, continuó tranquilamente Cinqpoints, y aun á colocaros una bala dentro del cuerpo en el caso poco probable de que intentáseis hacerlos el valiente. Os confieso, que sentiria mucho que las cosas llegasen á ese extremo, porque en mi sistema entra evitar cuanto sea posible los escándalos; pero esto depende de vos. He aquí mis condiciones: habeis ganado ya dos mil escudos á ese jóven; pues bien, sere generoso, olvidaré lo pasado si partimos en adelante los beneficios.

Despues de estos cumplimientos á la *congreve*, hubo una ligera pausa.

Blewitt reflexionaba profundamente.

— Decidios, repuso al fin Cinqpoints; si ganais á Dakins un solo penique sin mi consentimiento, lo he de saber en seguida, y entonces tendreis que haberoslas conmigo.

— Decidirme... decidirme... eso se dice fácilmente. Encuentro muy duras vuestras condiciones... ¡Qué diablo! Puesto que soy el que ha levantado la caza, á mí solo debe pertenecerme.

— Señor Blewitt, ayer me dijisteis que no frecuentábais la casa de ese hombre, y para relacionarme con él, he tenido que inventar y representar una ingeniosa comedia. Quisiera, por tanto, saber por qué me obliga el honor á cederosle.

— ¡El honor! ¡Ciertamente que era divertido oír esta palabra de boca de Cinqpoints! Estuve casi tentado de prevenir á Dakins el complot que se fraguaba, pero no cedi á tan mala inspiracion.

— Cállate, John, me dije, si esos dos caballeros ignoran lo que es el honor, tú lo sabes. El honor consiste en no revelar los secretos de un amo mientras se le sirve... Despues, ya es otra cosa.

Al día siguiente dimos en casa una gran comedia compuesta de doce ó catorce platos fuertes y una verdadera profusion de postres, regado todo con vino

de Champagne, de Oporto y de Burdeos. Solo habia tres convidados: es decir, el honorable H. P. Cinqpoints, Ricardo Blewitt y Tomas Dakins. La comida fué una verdadera obra maestra, á quien hicimos bien los honores los señores de la antecámara. El lacayo de Blewitt estuvo á punto de reventar de un atracon de perdices, y el de Dakins, que solo tenia trece años, se regaló tanto con macarrones á la italiana y con *plum-pudding*, que se vió precisado á tomar dos pildoras digestivas de las que usaba su señorito... Pero basta de digresiones; hablando de nosotros me he olvidado de los amos.

— ¿Lo creereis? Despues de haber bebido ocho ó diez botellas, se pusieron á jugar al *ecarté*. Como este es juego de dos, el tercero debia estar con los brazos cruzados. Se empezó jugando á tres francos la ficha y veinte y cinco la partida; y á media noche no se habia atravesado mucho. Dakins ganaba cincuenta francos y Blewitt treinta y seis.

Despues jugaron á veinte y cinco francos la ficha y ciento veinte y cinco la partida.

Entonces pensé en los cumplimientos que mi amo y Blewitt habian cambiado aquella mañana, y creí que la hora fatal de Dakins habia sonado ya. Pero nada de eso; continuó ganando; Blewitt apostaba por él y le aconsejaba. A las cinco de la mañana volví á entrar en el salon, Cinqpoints examinaba una carta en que estaban inscritos el número de partidas y los puntos perdidos.

— No he estado en vena esta noche, decia... Blewitt, os debo... esperad... ¿creo que son mil veinte francos?

— Exacto, respondió Blewitt.

— Voy á daros una carta-orden para mi banquero, añadió mi honorable señor.

— ¿Para qué?... no corre prisa, amigo mio.

— Si tal, las deudas del juego se pagan en el acto, replicó Cinqpoints tomando una carta-orden que entregó á su colega despues de firmarla.

Ahora ajustemos nuestras cuentas, buen Dakins. Si hubiéseis sabido aprovechar vuestra vena, me habríais ganado una cantidad muy crecida... Veamos, esto es fácil calcular... Treinta fichas á veinte y cinco francos, componen un total de ciento veinte y cinco francos.

Cinqpoints sacó de su bolsillo cinco soberanos y los echó sobre la mesa, donde produjeron ese sonido tan agradable al oído del jugador que gana. La alegría brillaba en los ojos de Dakins, su mano temblaba al recoger el oro; no porque fuese avaro, sino porque empezaba á ser presa de la fiebre que produce el juego.

— Permitidme deciros que nunca he luchado con un jugador de vuestra fuerza, y eso que tengo bastante experiencia, añadió mi amo.

— ¡Oh! me adulais, querido Cinqpoints.

Eso es lo que se queria precisamente.

— ¡Amigo Dakins, necesito una revancha; entre los dos me habeis arruinado completamente!

— Pues bien, dijo Dakins tan engreído como si hubiera ganado un millon, fijemos un día... ¿Mañana por la tarde, si quereis?... Supongo que comeremos juntos... ¿Os conviene?

Blewitt aceptó desde luego. Mi amo se hizo rogar un poco.

— Sea, repuso al fin. Mañana en vuestra casa. Comeremos juntos, apreciable Dakins, pero cuidado de que no haya mucho vino, os lo suplico. El vino no me sienta bien, sobre todo cuando tengo que jugar *con vos* al *ecarté*.

El infortunado pimpollo se retiró mas venturoso que un rey.

— Toma, John, esta para tí, me dijo tirándome una de las piezas de oro que acababa de ganar.

¡Pobre diablo! ya conocia yo la conclusion de todo.

Lo mejor de la historia es que mi amo pidió á Blewitt el dinero que habia servido de cebo. A la terminacion de la entrevista que referi antes, habia acompañado al último hasta su casa, donde me entregó quinientos francos en oro para su colega.

Fácilmente se preve el fin de la aventura. Si Dakins hubiera tenido mas desarrollados los sentidos, hubiera tardado seis semanas ó tres meses en perder su capital; pero era tan novicio, que se arruinó en pocos días.

Al día siguiente, que era juéves, (mi amo no habia hecho conocimiento con Dakins hasta el mártes de la misma semana), el jóven estudiante nos dió de comer. Se pusieron á la mesa á las siete, y el juego empezó á las once. Yo conocí que aquella vez la partida llegaría á ser muy seria, porque nos mandaron acostar en cuanto concluimos de servir la comida. El viénes me levanté á la hora acostumbrada. Cinqpoints no habia vuelto. A eso del medio día vino á arreglarse un poco el tocado y se volvió á casa de Dakins, despues de tomar un poco de carne asada y dos vasos de agua de Seltz.

Se sirvió la comida á las siete, pero ninguno debia tener apetito, porque nos devolvian los manjares casi intactos. Lo que si pidieron fué mas vino, á pesar de haber vaciado, desde la vispera, cerca de dos docenas de botellas.

Mi amo volvió á casa á las once de la noche. Tropezaba, cantaba, reia y aun creo que intentó bailar. En una palabra, parecia estar completamente beodo. Acabó por acostarse hasta con sombrero, despues de haber desparramado por las mesas y por las sillas unas cuantas monedas. Yo le quité las botas y los pantalones, y le dejé sumido en sus reflexiones.

Quando se durmió completamente, hice lo que debe hacer todo buen criado; vacié sus bolsillos y registré minuciosamente los papeles que contenian. Esta es una precaucion que recomiendo sobremanera á mis cofrades... por supuesto, como prueba de interés hacia sus amos.

Descubri, entre otras cosas, este documento:

I. O. U.

Cuatro mil setecientas libras esterlinas.

Tomás Dakins.

Viénes, 13 de junio.

Esto quiere decir:

« Os debo ciento diez y siete mil quinientos francos. »

Este papelucho era tan válido como un billete de banco, porque Blewitt habia tenido buen cuidado de contar á Dakins que Cinqpoints, celoso con exceso en cuestiones de honor, habia matado, en caballeroso duelo, á dos jugadores tan poco caballeros, que habian rehusado pagar una deuda contraida en el juego.

Encontré otro papel idéntico con la firma de Ricardo Blewitt; pero aquel no significaba, seguramente, nada.

.....

A las nueve de la mañana siguiente, el honorable Percy Cinqpoints se encontró tan templado como un juez. Vistióse en seguida y entró en casa de Dakins.

Una hora mas tarde pidió su americana y subió en ella acompañado de su nueva victima.

¡Inocente Dakins! Con los ojos inyectados en sangre y el corazon oprimido, se sentó al lado de mi amo, sin pronunciar una sola palabra, con ese escalofrio calenturiento que da una noche de insomnio y de remordimientos.

Su capital consistia en papel del Estado. Aquel día vendió todo, á excepcion de un valor nominal de doce mil francos

.....

Cinqpoints regresó á las dos, hora en que su amigo Belwitt vino á casa por tercera vez.

— ¿Ha venido tu amo? me preguntó.

Yo respondí afirmativamente.

Le anuncié, y así que entró, puse un ojo en la ceradura y agucé el oído.

— Buen golpe hemos dado, dijo Blewitt... ¿Parece que ya os habeis arreglado con Dakins?

— Ciertamente.

— ¿Ciento diez y siete mil quinientos francos, creo?

— Eso es... mas ó menos...

— Luego teneis que darme, querido mio, unos cincuenta y tres mil setecientos cincuenta francos.

— No os comprendo bien.

— ¡No me comprendeis! repitió Blewitt con un tono imposible de describir. ¿No hemos convenido en partir los beneficios? ¿No os he prestado el dinero con que pagásteis vuestras pérdidas en las dos primeras noches? ¿No me habeis dado vuestra palabra de honor de partir conmigo lo que os ayudase á ganar?

— Todo es cierto.

— Entonces, ¿qué teneis que objetar á mi reclamacion?

— Nada... sino que no he tenido ni un solo instante ánimo de cumplir mi promesa... ¡Calle! ¿habiais creído que iba á trabajar por vos? ¿Sois tan idiota, que os figurásteis que daba de comer á ese badulaque para llenaros despues de dinero?... Eso seria demasiada estupidez, y me merecis mejor concepto... Concluyamos la broma. Ya sabeis dónde está la puerta... Pero aguardad un momento. Seré generoso: os daré diez mil francos por la parte que me reclamais... Ahí teneis ese papel escrito con vuestro propio puño, declarándoos mi deudor por igual suma; os le devuelvo, á condicion de que os olvideis para siempre de que habeis conocido al honorable Percy Cinqpoints.

Blewitt refunfuñó, gritó, lloró, rogó, amenazó y pateó en grande. Tan pronto juraba y rechinaba los dientes, como suplicaba á su querido amigo Cinqpoints que se apiadase de él.

Mi amo, impaciente, abrió la puerta.

— Llevaos á ese hombre, me dijo señalando á su contrincante.

Blewitt se levantó del sillón en que estaba sentado con un gesto marcado de desesperacion, y al salir, hizo unos visajes muy parecidos á los de un perro cuando se le amenaza con un palo. A los pocos años tuvo la imprudencia de cometer una falsificacion, y fué á purgar su delito á Botany-Bay.

En cuanto á Dakins, ignoro lo que ha sido de él

.....

— John, dijo mi amo cuando volví de dejar á Blewitt, John, me marcho á Paris. Si te conviene, puedes acompañarme.

II.

IMPRESIONES DE VIAJE.

Sea ó no por modestia, Cinquoints no se vanaglorió de su dicha en el juego, y no habló á nadie de la suma que habia ganado á Dakins.

Tambien se olvidó de anunciar á sus proveedores su proyectado viaje. Al contrario, yo fijé á la puerta de casa, por órden suya, una tira de papel, en la que habia escrito:

« Volveré á las siete y media. »

Cuando la planchadora presentó su cuenta, se la devolvieron para que la enmendase. Y no es que subia mucho, sino que ¡cosa extraña! hay ciertas personas que se hacen económicas, precisamente cuando tienen mas dinero.

A las siete caminábamos por la carretera de Douvres, él en el interior y yo en el exterior de una magnífica silla-correo. Yo iba en extremo contento, porque desde muy niño tenia grandes deseos de viajar. Debo, no obstante, confesar que mis primeras impresiones de viaje no fueron de las mas agradables, porque llevaba de compañeros un italiano, cuya gerga no entendia, y un mono suyo, cuyo lenguaje era en compensacion demasiado explicito, pues que á cada vaiven del carruaje me enseñaba los dientes, con los que amenazaba desgarrar mi cutis.

Por fin llegamos sanos y salvos á Douvres, donde nos alejamos en el hotel *Ship*. Yo habia oido decir siempre que se podia vivir con mayor economia en provincias que en la capital, pero esto no es mas que hablar por hablar, y mi amo lo aprendió á sus expensas. En Douvres todo es tan caro, que á los forasteros se les hace pagar tres francos por una simple chuleta, veinte y cinco sueldos por un vaso de agua, y por unas buchadas de vino caliente dos francos y cincuenta céntimos. Por encender una bugía llevan casi tanto como por una libra en Londres. Cinquoints pagó sin hacer la mas ligera observacion. Cuando se trataba de sus necesidades, no miraba nunca el gasto; debo hacerle esta justicia, así como no he tratado de paliar sus defectos, no he de ocultar sus buenas cualidades.

Solo pasamos medio dia en aquella costosa ciudad. Al siguiente de nuestra llegada nos embarcamos para Bolonia sobre el mar.

Al oír este nombre, me figuré naturalmente que aquel pueblo estaria situado efectivamente *sobre el mar*. Dejo á vuestra penetracion adivinar cuál seria mi asombro cuando á mi llegada vi que estaba situada no sobre el mar, sino *sobre la costa*. ¡Así nos engañan los geógrafos!

Pero no anticipemos; aun no hemos llegado... ¡Qué prueba tan ruda es semejante travesía!... ¡Cuánto me pesó haber abandonado la tierra firme para confiar mi preciosa existencia al capricho de las olas inconstantes!... ¿Has atravesado alguna vez, querido lector, el canal de la Mancha?... « ¡Oh mar, vasta mar, quieto ro dormirme sobre tu azulado seno, muellemente mecido por la ola que azota ligera los costados de mi velera nave!... » Esto es muy lindo para una novela, pero la realidad es mucho menos agradable. Además, las olas no son azules, mas bien parecen negras, y lejos de mecernos suavemente, os sacuden de una manera particular.

A pesar de todo, yo no experimenté al pronto ninguna sensacion desagradable. Por el contrario, me enorgullecí al verme á bordo de un buque por primera vez en mi vida.

Cuando las velas se hincharon y nuestro barco empezó á hendir las amargas olas; cuando contemplé el pabellon inglés desplegándose en lo alto del mástil, á los cocineros preparando las ollas y al capitán paseándose por el puente con aire grave y sereno; cuando vi, por fin, desaparecer en lontananza las blanquecinas costas de mi pais natal y los carruajes del establecimiento de baños, entonces me creí superior.

— John, me dije, ahora eres un hombre. Tu superioridad precoz data del instante en que pusiste el pié sobre la cubierta de este navio. Sé sabio y prudente. Da un eterno adiós á las locuras de tu juventud. Ya no eres un niño: olvidate del peon y del billar... Olvidate...

Aquí llegaba de mi raciocinio, cuando me interrumpió una sensacion particular, que haciéndose cada vez mas penosa, concluyó por dominarme completamente. La decencia no me permite entrar en mas amplios detalles. Solamente diré que estuve bien malo. Por espacio de algunas horas estuve tendido sobre el puente en un estado de postracion imposible de describir, sufriendo un verdadero martirio, y sin hacer caso de la lluvia que me iba calando, y de las burlas de los marinos que casi pasaban por encima de mi cuerpo. Me parece que hubiese bendecido á cualquiera de ellos que para poner término á mis dolores me hubiera arrojado al mar. Aquel malestar me duró cuatro horas mortales, que me parecieron años.

Cuando pasaba así mi purgatorio, uno de los hombres de á bordo entró en la cámara que ocupábamos los criados.

— ¡Eh! ¡John! me gritó.

— ¿Qué hay? pregunté con voz desfallecida.

— Que os llaman.
— Dejarme tranquilo.
— Vuestro amo está enfermo y os necesita.
— ¡Que se le lleven los demonios! respondí volviéndome del otro lado, y dejando escapar un profundo suspiro.

No me hubiera levantado ni por veinte mil amos. Algunas veces he vuelto á surcar los hondos mares, pero nunca he hecho una travesía tan penosa como la del año de gracia de 18... Los vapores escaseaban aun en aquella fecha, y tomamos pasaje en un buque de vela. Por último, cuando estaba á las puertas de la muerte, me anunciaron que íbamos á entrar en tierra. ¡Con cuánta alegría miré las luces que brillaban en el puerto á que nos aproximábamos! ¡Con qué placer sentí disminuir el balanceo que tanto me removía! Me parecia entrar en el paraíso.

Cinquoints se alegró indudablemente tanto como yo de poder desembarcar, porque estaba mas pálido que un membrillo.

Apenas ancló el buque, fuimos abordados por una escuadra de gendarmes que nos pidieron los pasaportes, y por una nube de individuos del resguardo, que inspeccionaron nuestros equipajes.

Despues nos vimos invadidos por una bandada de mozos de fonda, que se disputaban los desventurados pasajeros, demasiado débiles para defenderse.

— ¡Por aquí! chillaba el uno.
— ¡Hotel de los Baños! voceaba el otro.
— ¡Fonda de San Mauricio!
— ¡Hotel de Inglaterra!
— Venid conmigo; las otras casas son verdaderas barracas.

La confusion de lenguas que impidió á los antepasados finalizar la torre de Babel, no era nada en comparacion de aquella alegría infernal.

Lo primero en que se fijó mi atencion, al saltar en tierra, fué un moceton, con aretes en las orejas, que estuvo á punto de tirarme, por coger el saco de mi amo. En seguida nos dirigimos al hotel que Cinquoints eligió, ó mejor dicho, que habian elegido para él.

No haré la descripcion de la villa de Bolonia, que ha recibido en su seno, desde hace veinte años que la visité por primera vez, mas de dos millones de ingleses, sin contar las numerosas aves de paso de otros paises.

Me habian dicho, al partir de Londres, que los franceses llevaban todos zuecos, y que se alimentaban solo con ranas. Estas son dos insignes falsedades, á las que ninguno debe dar crédito.

Durante mi permanencia en Francia, he visto pocos zuecos. Los pescadores de Bolonia (que en union de los viajeros ingleses componen la poblacion de aquella villa) llevan unas botas que les suben hasta la rodilla; los boloneses, en cambio, van casi siempre desnudos de pié y pierna, porque las blusas encarnadas que usan son tan cortas, que dejan ver sus pantorrillas. Esta moda me ha parecido bastante bonita, pero dudo que logre jamás penetrar en las grandes ciudades, donde el gobierno de la moda pertenece casi siempre á las feos que se visten de modo que puedan disimular sus propios defectos y desfigurar á sus rivales.

En cuanto á las ranas, declaro que no he visto comer ni una sola á ningun francés. Lo que si me consta es que ese comestible se halla inscrito en la lista de todas las fondas y fondines de París, y que hacen un gran consumo de él los ingleses que patrocinan las comidas de cuarenta sueldos. En cambio, nuestros vecinos tienen una predileccion bien pronunciada por la limaza, alimento nauseabundo de que no me habian hablado. Solo en Francia he visto condimentar este plato. Mi asercion está basada en la receta que voy á transcribiros, copiada de un arte culinario perteneciente al cocinero mayor del hotel de Mirabeau:

Receta para hacer limaza figurada:
« Cuando no se encuentran limazas, se puede engañar nuestra sensualidad con una simulacion. Se hace un buen relleno, sea de caza ó bien de pescado, con anchoas, nuez moscada, especias, finas yerbas y yemas de huevo. Se cogen conchas de caracol, se llenan con el relleno y se sirven calientes. Esta es una de esas engañosas inocentes que suelen practicarse en las cocinas, cuya trasposicion no advierten por lo regular los glotones, pero de la que fingen voluntariamente hacerse cargo para adular el amor propio de su anfitrión. »

Claro es que se necesita gustar mucho de estos animalitos, para hacer un simulacro de que se comen, cuando no pueden encontrarse verdaderos. Pero cesemos en nuestra digresion gastronómica y ocupémosnos de la ciudad.

Mi amo habia escogido el departamento mas elegante de la mejor fonda. Aun cuando hubiese sido el gran Mogol en persona, no hubiese encontrado mas defectos. Nada era caro, ni bastante hermoso, ni suficientemente bueno para el honorable Percy Cinquoints, que habia abandonado á Londres sin pagar á su planchadora. A pesar de que viajó hasta Douvres en un carruaje público, decia que ningun hombre de su importancia podia ir mas que en una posta particular. El champagne y los demás vinos del pais en abundancia, y los mas exquisitos cuidados de la cocina bolonesa no lograban contentar nuestro delicado paladar. Así pasamos quince dias, entregándonos únicamente á los placeres gropios de nuestra posicion.

Mi plaza habia llegado á ser una verdadera canonjía. Por la mañana, paseábamos antes de almorzar, mi amo delante en una briosa yegua y yo detrás en

otra no menos gallarda, armados los dos de grandes telescopios, con cuya ayuda examinábamos los buques que cruzaban á lo lejos las redondas piedras que el mar dejaba en la playa, las bañistas, el cielo y los guinchos. Lo que á mi me divertia mas, eran las olas que, empujándose unas á otras, venian á estrellarse contra la piedra, deshaciéndose en especie.

Despues de una ó dos horas de paseo volvíamos á almorzar. Así que concluíamos, Cinquoints se arreglaba un poco y volvíamos á salir con los telescopios á empezar de nuevo nuestra inspeccion. Esta duraba hasta la hora de comer, y la comida duraba hasta la hora de acostarse.

Al dia siguiente se repetía la misma escena.

Bolonia encierra diez mil ingleses que han inventado esta manera de pasar el tiempo.

Nosotros hubiéramos podido variar algo de placeres, aceptando diversas invitaciones que se apresuraron á dirigir al honorable Percy Cinquoints, pero nos estimábamos lo bastante para rozarnos con jóvenes, bonitas sí, pero sin dote. Menos podíamos aun escuchar las sandeces de sus madres, haciéndolas la partida de *wich* á diez sueldos el tanto. No, no; mi amo se apreciaba en su justo valor. Cuando se dignaba sentarse, por casualidad, en la mesa redonda, encontraba todo detestable, injuriaba á los camareros y tiraría el vino antes de probarlo, demostrando su admiracion porque se hubiesen atrevido á servirle semejante porquería. Despues de comer, acaparaba el mejor sitio delante de la chimenea, y entonces se ponía á hablar con negligencia de sus carruajes, de sus caballos, de sus criados y de su familia. Con su lente incrustado en el ojo izquierdo miraba á sus vecinos y vecinas con una impertinencia de tan buen tono, que le hubiera costado seguramente una docena de bofetones á hallarse en una reunion de carreteros. Felizmente para él, aquella fonda estaba ocupada por personas acostumbradas á los modales aristocráticos, Cinquoints obraba con gran talento, porque sabia que el único medio de hacerse respetar de sus compatriotas, consiste en mostrarse desdeñoso é insolente. Así somos todos nosotros; andamos á puñetazos con un paleta que nos mire mucho, y no nos disgusta ser insultados por un noble; esto prueba que entre él y nosotros existe cierta intimidad.

Está uno mas honrado con un puntapié de un lord, que con su saludo.

Siguiendo la costumbre de los lacayos mas entendidos, yo imitaba á mi amo cuanto podia; de esto nos sirvieron mejor y nos consideraron mas que á otras personas á quienes ni siquiera éramos dignos de lustrar las botas.

Cinquoints tenia indudablemente sus razones para vegetar así quince dias en Bolonia. Acaso queria habituarse un poco á su papel de hombre rico y de alto rango; tal vez desearia únicamente que se hablase de él, y que la fama de su riqueza le precediese en París. Sea lo que quiera, habia empezado por comprar carruaje; despues entregó cincuenta mil francos al mejor comerciante de la ciudad en cambio de una letra sobre París, teniendo buen cuidado de dejar entrever que su cartera estaba bien repleta.

Los dependientes del banquero esparcieron bien pronto tan notable nueva, y el mismo dia del depósito, todas las madres de hijas casaderas buscaron y estudiaron la genealogia de los condes de Crabs y las propiedades de la familia Cinquoints, que se encontraban hipotecadas casi por el duplo de su valor. Si Satanás fuese lord, creo que encontraria muchas virtuosas madres prestas á concederle la mano de sus hijas.

Ya os he dicho que Cinquoints salió de Londres sin avisárselo á sus acreedores; pero era demasiado buen hijo para no apresurarse á anunciar á su padre su viaje y el que se disponia á hacer á Francia. En el momento que se instaló en el hotel de los Baños, le escribió una edificante epístola, de la que conservo una copia literal.

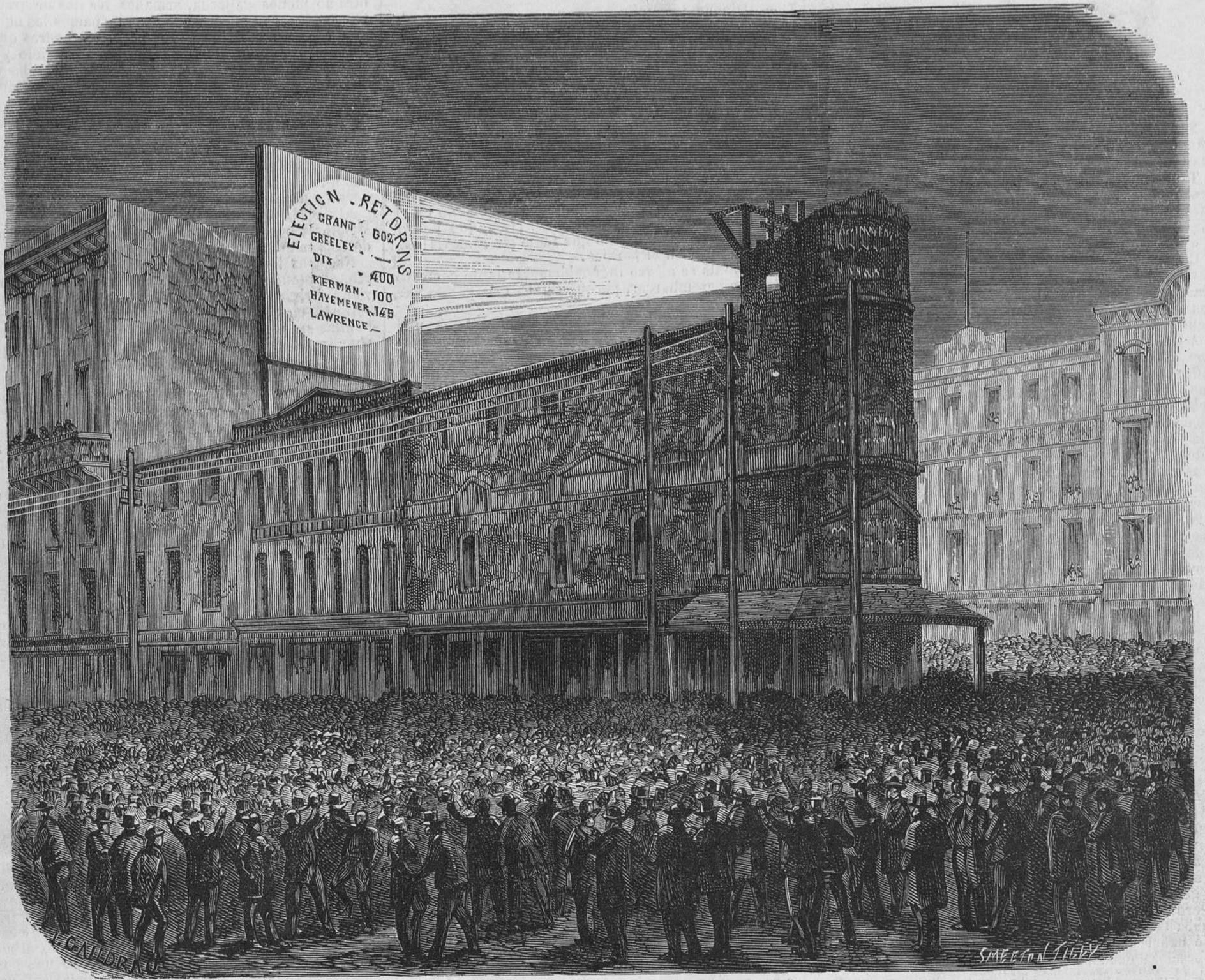
Héla aquí:

« Bolonia sobre el mar, 24 de junio de 18... »

« Mi querido padre: Cuanto mas estudio la historia de nuestro derecho, cuanto mas me remonto hácia los principios fundamentales de nuestra jurisprudencia tan complicada, me convenzo mas de que es muy difícil (por no decir imposible) ver claro en semejante caos, sin un conocimiento perfecto de la lengua francesa. Me he decidido, pues, á remediar un sensible defecto de mi educacion, aprovechándome de un descanso á que me condena, por otra parte, mi salud, quebrantada por un trabajo muy asiduo y una vida demasiado sedentaria. Si la pension que habeis tenido á bien señalarme, unida á los modestos emolumentos de mi profesion, me lo permite, pienso permanecer unos cuantos meses en París para estudiar á fondo la lengua del pais. »

« ¿Seriais tan bueno que me enviáseis una carta de recomendacion para nuestro embajador, lord Bobtail? El nombre que llevo y la amistad que os liga á ese digno representante de nuestra soberana, me aseguran indudablemente un cariñoso recibimiento; pero este será cordial en extremo, presentándole una carta vuestra. »

« Aprovecho esta ocasion para recordaros que cobré ya hace mucho tiempo el último semestre de mi pension. No soy derrochador, querido papá; pero des-



LA ELECCION PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. — Los resultados de la votacion anunciados por la luz eléctrica.

graciadamente no soy como el camaleon, que, segun ciertos naturalistas, vive económicamente del aire. Un billete de mil francos, para añadir á mis cortos ahorros, no contribuiría poco á hacerme mas agradable el viaje.

» Abrazad en nombre mio á mis queridos hermanos... ¡Ay de mí! que no pudiendo zafarme de una tarea ingrata y penosa, me es imposible entregarme á los tranquilos goces de la familia, en medio de los compañeros de mi infancia, bajo el amante techo paternal, á las frescas sombras que han protegido mi niñez. Pero ¡á qué hacer votos por conseguirlo! La suerte no les presta mas atencion que la que un ministro concede á los cesantes... Adios, queridísimo padre, que el Señor os guarde, y á los seres amados que recuerdo tan frecuentemente.

» Vuestro afectísimo,

» PERCY. »

« Al muy honorable conde de Crabs,
etc., etc., etc.,
Castillo de Sizes, Buckinghamshire. »

Lord Crabs respondió, á vuelta de correo, á esta afectuosa epístola :

« Mi querido Percy :

» Acabo de recibir tu carta del 24. Adjunta es la recomendacion que me pides para lord Bobtait. Es un

excelente hombre que tiene el mejor cocinero de Europa.

» Cultiva su amistad.

» La vivacidad del afecto que nos demuestras, nos ha encantado tanto mas, cuanto que hace siete años que ninguno habíamos recibido noticias tuyas. Creíamos que nos habias olvidado.

» ¡Ah! querido mio, dichoso quien, como tú, se conserva jóven aun en las impresiones, cuando su cabeza empieza á madurar. ¿Dónde hallar hoy ese afecto duradero que resiste al tiempo y á la ausencia, y sabe conservar intacta la ternura de la primera edad, parecido á esos árboles de los bosques indios, cuyas ramas, cayendo graciosamente, quieren recoger la raíz del suelo en que nacieron? ¡Ah! el mundo torna muchas veces egoistas á los seres amados que se les confían. Es muy raro encontrar un hombre que conserve, como tú, la religion paternal.

» Ten por seguro, querido Percy, que es muy bueno recordar las alegrías inocentes y puras de la infancia, en medio de las vicisitudes y agitaciones de la vida. Esto consuela y da fuerzas para ser bueno.

» Si no nos hubiese sido tan pronto arrebatada (1) á nuestra ternura, hubiera sido dichosa, muy dichosa, al conocer vuestros sentimientos.

» Deploro vivamente la necesidad en que me veo de retardar aun el pago de tu pension. Al hojear mi libro de cuentas, he visto que te debo nueve ó diez meses. No lo olvidaré. Cuando el estado de mis negocios me lo permita, te pagaré lo adeudado.

(1) Lady Crabs fué robada por un oficial del ejército á los treinta y dos años.

» A propósito de dinero, te incluyo dos periódicos que he recibido hace poco, porque creo que te interesan.

» Tambien he recibido una carta bastante extraña de un tal Ricardo Blewitt, en la que me habla de un asunto relativo al juego. Me presumo que hacen alusion á él los periódicos en cuestion. Ese señor me dice que has ganado mas de cien mil francos á un jóven llamado Dakins; que debías dividir con él esta suma, pero que te habias ausentado sin oír sus reclamaciones. ¿Cómo puedes, hijo mio, tener querellas con gente de ese jaez? Yo he jugado tambien mucho, cuando era jóven, pero nadie puede acusarme de haber cometido una accion desleal. Cuando no se quiere pagar á un hombre, se le provoca á un duelo y se le mata. Acuérdate que no se debe ser nunca poco caballero con un tuno.

» Puesto que te sonríe la fortuna, ¿podrías prestarme diez mil francos? Yo te los devolveré... Además, entonces podré mandarte el billete de mil que me pides.

» Tus hermanas te saludan, y yo no tengo necesidad de decirte que te echaré siempre mi bendicion.

» CRABS. »

Estas dos cartas, modelos de ternura, me han parecido demasiado buenas para no conservarlas íntegras. Bien fácilmente se nota que ni el padre ni el hijo hablan con el corazon, como pudiera hacerlo un novelista...

(Se continuará).